

Arnold Bennett

Eficiencia
Mental



E LEJANDRIA

**LIBRO DESCARGADO EN WWW.ELEJANDRIA.COM, TU SITIO WEB DE OBRAS DE
DOMINIO PÚBLICO
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!**

EFICIENCIA MENTAL

EMILIA ARNOLD BENNETT

PUBLICADO: 1911

**ORIGEN: PROJECT GUTENBERG
TRADUCCIÓN: ELEJANDRÍA**

I - EFICIENCIA MENTAL

LA APELACIÓN

Si hay alguna virtud en los anuncios —y un periodista debería ser la última persona en decir que no la hay— la nación americana está alcanzando rápidamente un estado de eficiencia física que, probablemente, el mundo no ha visto desde la época de Esparta. En todos los periódicos estadounidenses y en todas las revistas mensuales de Estados Unidos abundan innumerables anuncios ilustrados de “especialistas en cultura física”, que garantizan hacer que todos los órganos del cuerpo cumplan sus funciones con la precisión formidable de un automóvil de 60 caballos de fuerza que jamás se avería. El otro día vi un libro escrito por uno de estos especialistas, para mostrar cómo se podía alcanzar una salud perfecta dedicando un cuarto de hora diario a ciertos ejercicios. Los anuncios se multiplican y aumentan de tamaño. Cuestan una gran cantidad de dinero. Por lo tanto, deben generar un gran negocio. Por lo tanto, vastos números de personas deben estar preocupadas por la ineficiencia de sus cuerpos y en camino de alcanzar la eficiencia. En nuestro más modesto estilo británico, tenemos el mismo fenómeno en Inglaterra. Y está creciendo. Nuestros músculos también están creciendo. Sorprende a un hombre en su dormitorio por la mañana y lo encontrarás tendido de espaldas en el suelo, o parado de cabeza, o haciendo girar bastones, en pos de la eficiencia física. Recuerdo que una vez yo mismo “me embar-

qué” en la búsqueda de la eficiencia física. Yo también yacía en el suelo, mi delicada epidermis separada de la alfombra por tan solo la más fina de las prendas, y me contorsionaba según los quince diagramas de una gran tabla (que se creía la magna charta de la eficiencia física) a diario después del afeitado. En tres semanas mis cuellos ya no se encontraban alrededor del cuello de mi campeón de boxeo; mi proveedor de medias cosechó inmensos beneficios, y llegué a la conclusión de que había llevado la eficiencia física bastante lejos.

Algo extraño —¿no lo fue?— es que nunca se me ocurrió dedicar un cuarto de hora al día, después del afeitado, a la búsqueda de la eficiencia mental. El cuerpo promedio es un asunto bastante complicado, tristemente desordenado, pero afortunadamente susceptible de cultura. La mente promedio es muchísimo más complicada, no menos tristemente desordenada, pero quizá incluso más susceptible a la cultura. Comparamos nuestros brazos con los del caballero ilustrado en el anuncio de eficiencia física, y murmuramos para nosotros mismos la frase clásica: “Esto nunca servirá”. Y nos ponemos a desarrollar los músculos de nuestros brazos hasta que podamos lucirlos (bajo un frac) ante las mujeres en el té de la tarde. Pero quizá no se nos ocurre que la mente tiene sus músculos, y muchos otros aparatos además, y que esos órganos mentales invisibles, aunque primordiales, son mucho menos eficientes de lo que deberían ser; que algunos de ellos están atrofiados, otros hambrientos, otros fuera de forma, etc. Un hombre de profesión sedentaria se va a dar una larga caminata el lunes de Pascua, y por la tarde está tan exhausto que apenas puede comer. Se despierta a la ineficiencia de su cuerpo, causada por su descuido, y se sorprende tanto que decide tomar medidas correctivas. O caminará hasta la oficina, o jugará al golf, o realizará los ejercicios post-afeitado. Pero que el mismo hombre, tras un prolongado período sedentario de periódicos, revistas y novelas, saque su mente a escalar vigorosamente entre las rocas de un tema científico, filosófico o artístico. ¿Qué hará? ¿Se quedará fuera todo el día y regresará por la noche demasiado cansado incluso para leer su periódico? No lo hará. Es diez a uno que, al encontrarse sin aliento después de un cuarto de hora, ni siquiera persista hasta que recupere el aliento, sino que regrese de inmediato. ¿Notará con genuina preocupación que su mente está tristemente fuera de forma y que realmente debe hacer algo para ponerla en orden? No lo hará. Es cien a uno que aceptará tranquilamente el status quo, sin vergüenza y sin un pesar realmente punzante. ¿He dejado claro mi significado?

Digo “sin un pesar realmente punzante” porque, indudablemente, existe un cierto vago pesar al darse cuenta de que uno está limitado por una ineficiencia mental que, sin demasiada dificultad, podría ser curada. Ese vago pesar emana como un vapor de la sección más culta del público. Se detecta en todas partes, y especialmente entre las personas que se encuentran cerca de la mediana edad. Perciben la existencia de inmensas cantidades de conocimiento, ni la más mínima partícula de las cuales llegaron a hacer suya. Salen de sus ordenadas viviendas en una noche estrellada y sienten, de manera vaga, la maravilla de los cielos. Pero una voz tenue y suave les dice que, aunque han leído en un periódico que hay cincuenta mil estrellas en las Pléyades, ni siquiera pueden señalar las Pléyades en el cielo. ¡Cómo desearían comprender la significación de la teoría nebular, la más abrumadora de todas las teorías! Y los años pasan; y hay veinticuatro horas en cada día, de las cuales trabajan apenas seis o siete; y sólo se necesita un impulso, un esfuerzo, un sistema, para curar gradualmente la holgazanería de la mente, para darle “tono” a sus músculos y permitirle lidiar con los esplendores del conocimiento y la sensación que le esperan. Pero el pesar no es lo suficientemente punzante. No hacen nada. Siguen sin hacer nada. Es como si pasaran eternamente a lo largo de una mesa interminable repleta de delicias, y no pudieran extender la mano para tomar nada. ¿Exagero? ¿No hay, en el fondo de la conciencia de la mayoría de nosotros, un sentimiento lamentable de que nuestras mentes son como el hígado del anuncio —lentas— y que, por esa lentitud de nuestras mentes, no hay excusa ni de incompetencia, ni de falta de tiempo, ni de falta de oportunidad, ni de falta de medios?

¿Por qué no sale algún especialista en eficiencia mental y nos muestra cómo hacer que nuestras mentes hagan el trabajo que, sin duda, son capaces de hacer? No me refiero a un charlatán. Todos los especialistas en eficiencia física que publicitan ampliamente no son charlatanes. Algunos de ellos logran resultados muy genuinos. Si se puede idear un tratamiento para el cuerpo, se puede idear un tratamiento para la mente. Así podríamos realizar algunas de las ambiciones que todos albergamos respecto a la utilización, en nuestro tiempo libre, de esa magnífica máquina que dejamos oxidar dentro de nuestros cráneos. Tenemos el deseo de perfeccionarnos, de redondear nuestras carreras con las gracias del conocimiento y el gusto. ¡Cuántas personas no emprenderían gustosamente alguna rama de estudio serio, para no morir bajo la acusación de haber vivido y muerto sin haber sabido realmente nada sobre nada! No es la falta de deseo lo que se lo impide. Es, primero,

la falta de fuerza de voluntad —no la voluntad de comenzar, sino la de continuar; y, segundo, un aparato mental que está fuera de forma, “hinchado”, “endeble”, por puro descuido. El remedio, pues, se divide en dos partes: el cultivo de la fuerza de voluntad y el acondicionamiento del aparato mental. Y estas dos ramas de la cura deben trabajarse simultáneamente.

Estoy seguro de que las consideraciones que les he expuesto ya se han presentado a decenas de miles de mis lectores, y que miles han intentado la cura. No dudo que muchos han tenido éxito. Consideraré un favor si aquellos lectores que se han interesado en la cuestión me comunican de inmediato el resultado de sus experiencias, sea cual fuere el desenlace. Haré el mayor uso posible de las cartas que reciba y, después, daré cuenta de mi propia experiencia.

LAS RESPUESTAS

La correspondencia que he recibido en respuesta a mi apelación muestra que, al menos, no exageré el caso. Existe, entre una vasta masa de personas reflexivas en este país, una clara conciencia de ser mentalmente menos eficientes, y un fuerte (aunque ineficaz) deseo de que tal ineficiencia mental deje de existir. El deseo es más fuerte de lo que había imaginado, pero no parece haber conducido a mucho hasta ahora. Y ese “tratamiento para la mente”, mediante el cual se supone que debemos “realizar algunas de las ambiciones que todos albergamos respecto a la utilización, en nuestro tiempo libre, de esa magnífica máquina que dejamos oxidar dentro de nuestros cráneos” —ese tan anhelado tratamiento no ha sido, aparentemente, ideado por nadie. El Sadow del cerebro aún no se ha asomado en el horizonte. Por otro lado, parece existir una expectativa general de que yo, personalmente, desempeñaré el papel del Sadow del cerebro. ¡Pensamiento vano!

He estado muy interesado en las cartas, algunas de las cuales, como exposición del asunto en cuestión, son admirables. No es de extrañar que las mejores provengan de mujeres — pues, aparte del genio, la mujer suele ser más conmovedoramente lírica que el hombre en el anhelo de lo ideal. Sin embargo, la más entusiasta de todas las cartas que he recibido es de un caballero cuya idea es que deberíamos ser hipnotizados hasta alcanzar la eficiencia mental. Después de abogar por el establecimiento de “una institución de psicología práctica de donde se puedan graduar personas aptas y decentes, cuyos esfuerzos se dirijan hacia el mecanismo mental subconsciente del niño o incluso del adulto”, este hipnotista prosigue: “Entre el académico, cuya especialidad es una intrascendente telaraña, el médico que se ha metido en la cabeza de que es el padre adoptivo lógico de asuntos psiconómicos, y el flagrante ‘profesor’ que se ocupa de trucos de monos con unos somnábulo en el escenario del music-hall, se le está dejando pasar desapercibido uno de los factores más potentes del desarrollo mental.” ¿Soy yo? No tengo la menor idea de lo que este caballero quiere decir, pero puedo asegurarle que se equivoca. Puedo extraer más sentido de las palabras de otro corresponsal que, despreciando absolutamente las cosas de la mente, compara a cierta clase de jóvenes con “un encurtido de media penique con las huevas fuera”, y afirma que él mismo “se salió del compás” por tener que descargar diez toneladas de carbón en tres horas y media cada día durante varios años. Esto es interesante y constructivo, pero está un poco fuera del punto.

Una señora, cuyo optimismo se indica por su seudónimo “Espérance”, da en el clavo, o mejor dicho, en uno de los puntos, en una carta muy sensata. “Me parece”, dice, “que la gran causa de la ineficiencia mental es la falta de concentración, quizás especialmente en el caso de las mujeres. Puedo atribuir mis principales fracasos a esta causa. La concentración es un talento. Puede cultivarse en cierta medida, pero debe ser innato... La mayoría de nosotras estamos en un estado de semisueño, con mentes que se ejercitan apenas hasta la mitad de su capacidad.” Estoy totalmente de acuerdo en que la incapacidad de concentrarse es uno de los principales síntomas de que la máquina mental está fuera de forma. La cura sugerida por “Espérance” es bastante drástica. Ella dice: “Quizás una de las mejores curas para la sedentariedad mental es la aritmética, pues no hay nada que requiera mayor poder de concentración.” Tal vez la aritmética pueda ser una cura efectiva, pero no es una cura práctica, porque casi nadie la practicaría. No puedo imaginar al

hombre común que, teniendo un par de horas libres por la noche, y también el sincero deseo pero no la fuerza de voluntad de mejorar su gusto y conocimiento, se sentaría deliberadamente a hacer cuentas como preliminar calistenia mental. Como dijo la marioneta de Ibsen: “La gente no hace estas cosas.” ¿Por qué no lo hacen? La respuesta es: Simplemente porque no lo harán; simplemente porque la naturaleza humana no se inclina hacia ello. La sugerencia de “Espérance” de aprender poesía es algo mejor.

Ciertamente, la mejor carta que he recibido es de la señorita H. D. Ella dice: “Esta idea [de evitar la reprochable acusación de ‘vivir y morir sin saber realmente nada de nada’] me llegó por sí sola desde algún lugar cuando era niña. Y, al mirar atrás, creo que ese pensamiento me impulsó a hacer algo en este mundo, a ponerme al nivel de personas que hacían cosas — personas que pintaban cuadros, escribían libros, construían puentes o hacían algo fuera de lo común. Esto me ha parecido, a lo largo de toda mi vida, algo que vale la pena.” Aquí debo interceder para decir que tal afirmación resulta algo generalizadora. De hecho, arrastra consigo una gran cantidad de nobles y legítimas ambiciones directamente al montón de lo que no vale la pena. Creo que la escritora desearía modificarlo. Continúa: “Y cuando llega el día en que no he realizado alguna lectura seria, por pequeña que sea la cantidad, o alguna escritura... o he estado demasiado triste o apagada para notar la brillantez del color del sol, de la hierba y las flores, del mar o del resplandor lunar sobre el agua, pienso que ese día ha sido malgastado. Así, debo pensar que el incentivo para hacer un poco cada día, algo fuera de lo ordinario, hacia la verdadera cultura de la mente, es el comienzo de la cura de la ineficiencia mental.” Esto es muy ingenioso y bueno. Además: “Llega el día en que el hábito mental se ha convertido en parte de nuestra vida, y valoramos el trabajo mental por el mero hecho de trabajar.” Pero no estoy seguro de ello. En lo personal, nunca he valorado el trabajo por el simple hecho de trabajarlo, y nunca lo haré. Y sólo valoro ese trabajo mental por la conciencia más plena e intensa de estar vivo que me proporciona.

Los remedios de la señorita H. D. son vagos. En cuanto a la falta de fuerza de voluntad, “el primer paso es reconocer tu debilidad; el siguiente paso es sentir la vergüenza ordinaria de ser defectuoso.” Dudo, dudo gravemente, que esos pasos conduzcan a algo definitivo. Tampoco resulta muy útil: “Aconsejaría leer, observar, escribir. Aconsejaría el uso de cada sentido y de cada facultad con la que, al fin, aprendamos la sacralidad de la vida.” Esto

es rogar la pregunta. Si las personas, simplemente deseándolo, pudieran leer, observar, escribir y utilizar todas sus facultades y sentidos de manera regular y seria, habría muy poca ineficiencia mental. Veo que me veré obligado a construir un programa basado en mis propias experiencias amargas y ridículas.

LA CURA

“Pero las tareas en horas de perspicacia voluntaria pueden cumplirse a través de horas de melancolía.”

Las líneas anteriores de Matthew Arnold son citadas por uno de mis numerosos corresponsales para sostener cierto optimismo en cuanto al intento sistemático de mejorar la mente. Forman parte de un hermoso e inspirador poema, pero temo gravemente que contravengan la vasta mayoría de la experiencia terrenal. Con frecuencia he constatado que una tarea voluntada en alguna hora de perspicacia no puede cumplirse a través de horas de melancolía. ¡No, no y no! Desear es fácil: basta con el contagio momentáneo y brillante de un espíritu más fuerte que el propio. Cumplir, mañana tras mañana, o noche tras noche, durante meses y años, —esto es realmente terrible— y no hay ninguno de mis lectores que no esté de acuerdo conmigo. Sin embargo, tal es la elasticidad de la naturaleza humana que la mayoría de mis corresponsales están bastante dispuestos a ignorar el triste hecho y a demandar de inmediato: “¿Qué debemos desear? Dinos qué debemos desear.” Algunos parecen pensar que han resuelto la dificultad cuando han propuesto ciertos sistemas de memoria y entrenamiento mental. Dichos sistemas pueden ser en sí mismos útiles o inútiles —la evidencia que me han ofrecido es contradictoria— pero aunque fueran sistemas perfectos, un hombre no puede nacer intelectualmente de nuevo simplemente uniéndose a

una clase de memoria. El mejor sistema depende enteramente del poder de resolución del hombre. Y lo que realmente cuenta no es el sistema, sino el espíritu con el que el hombre lo emplea. Ahora bien, el espíritu adecuado sólo puede inducirse mediante una cuidadosa consideración y realización de las condiciones del hombre —las limitaciones de su temperamento, la fuerza de las influencias adversas y las lecciones de su pasado.

Permítanme tomar un caso promedio. Permítanme tomar su caso, oh hombre o mujer de treinta años, que vive en comodidad, con algunos cuidados, algunas responsabilidades y un trabajo diario bastante arduo, pero no excesivo. La cuestión de la eficiencia mental está en el aire. Le interesa. Le toca de cerca. Su conciencia le dice que su mente es menos activa y menos informada de lo que podría ser. De repente se levanta del asiento del jardín, y se dice a sí mismo que se hará cargo de su mente y hará algo con ella. Espere un momento. Sea tan amable de volver a hundirse en ese asiento del jardín y aferrar esa raqueta de tenis un poco más. Ya ha tenido esas “horas de perspicacia” antes, ya lo sabe. No ha llegado a los treinta sin haber intentado cumplir nobles resoluciones —y sin éxito. ¿Qué precauciones tomará contra el fracaso esta vez? Porque su voluntad probablemente no es más fuerte ahora que antes. Ha admitido y aceptado el fracaso en el pasado. Y ninguna herida es más cruel para el espíritu de resolución que la infligida por el fracaso. Usted imagina que la herida está cerrada, pero justo en el momento crítico puede reabrirse y sangrar mortalmente. ¿Cuáles son sus precauciones? ¿Ha pensado en ellas? No. No lo ha hecho.

No tengo el placer de conocerle. Pero le conozco porque me conozco a mí mismo. Su fracaso en el pasado se debió a una o más de tres causas. Y la primera fue que emprendió demasiado al principio. Comenzó con un magnífico programa. Usted es algo así como un experto en ejercicios físicos —no estaría orgullosamente en estos tiempos sin serlo— y, por tanto, jamás intentaría una carrera de vallas o una hora ininterrumpida de giro de bastones sin algún tipo de preparación. La analogía entre el cuerpo y la mente debería haberle impactado. Esta vez, por favor, no formule un programa elaborado. No formule ningún programa. Conformécese simplemente con un trote preliminar, un trote preliminar ridículamente fácil. Por ejemplo (y lo doy meramente a modo de ejemplo), podría decirse a sí mismo: “Dentro de un mes a partir de esta fecha leeré dos veces el pequeño libro sobre ‘Educación’ de Herbert Spencer —seis peniques— y haré anotaciones a lá-

piz en la contraportada de aquello que particularmente me impresione.” Usted piensa que eso no es nada, que puede hacerlo “de cabeza”, y así sucesivamente. Pues hágalo. Cuando lo haya hecho, al menos poseerá la satisfacción de haber resuelto hacer algo y de haberlo hecho. Su mente habrá ganado tono y un sano orgullo. Incluso estará justificado en establecerse algún tipo de programa sencillo para extenderse durante tres meses. Y habrá adquirido algunos principios generales a la luz de los cuales construir dicho programa. Pero, sobre todo, habrá evitado el fracaso, esa herida peligrosa.

La segunda causa posible del fracaso anterior fue el efecto desintegrador sobre la fuerza de voluntad de la sonrisa irónica y superior de los amigos. Siempre que un hombre “da vuelta a la página” se enfrenta a esa risita insustancial. El borracho puede sentir menos vergüenza de emborracharse que de romperle a un compinche la noticia de haber firmado la promesa. ¡Extraño, pero cierto! Y la naturaleza humana debe ser tenida en cuenta. Claro que, en algunos espíritus severos, el efecto de esa sonrisa es simplemente endurecer la resolución. Pero en la mayoría su influencia resulta perjudicial. Por lo tanto, no vaya a clavar su bandera al mástil. No levante ninguna bandera. No diga nada. Trabaje de la manera más discreta posible. Cuando haya ganado una o dos batallas, podrá comenzar a agitar la estandarte, y entonces encontrará que esa miserable, lamentable, irónica y superior sonrisa se desvanecerá antes de nacer.

La tercera causa posible fue que usted no reorganizó su día. Aunque haya sido ocioso y malgastador del tiempo, al menos había hecho algo durante las veinticuatro horas. Se iba a trabajar con la vaga idea de que cada día tenía veintiséis horas. Algo grande y definitivo tiene que ser eliminado. Algún espacio en la densa jungla del día ha de ser despejado y barrido para las nuevas operaciones. Robarse el sueño no le ayudará, ni tampoco intentar “meter” un tiempo para el estudio entre otros dos momentos. Use el cuchillo, y úselo con libertad. Si piensa leer o pensar media hora al día, disponga de una hora. Un margen del cien por ciento no es demasiado para un principiante. ¿Me pregunta dónde se debe usar el cuchillo? Diría que en nueve de cada diez casos los ritos del culto del cuerpo pueden abreviarse. Recientemente pasé un fin de semana en un suburbio de Londres, y me quedé pasmado por la atención desmesurada que se presta a la recreación física en todas sus formas. Fue una orgía gigante de músculos por todas partes. Me impactó. “¡Pobre mente marchita!” pensé. “Cricket, fútbol, navegación, golf y

tenis tienen sus ‘temporadas’, ¡pero tú no!” Estas consideraciones son generales y preliminares. Ahora debo entrar en detalle.

CALISTENIA MENTAL

He tratado el estado de la mente en el que uno debe comenzar un esfuerzo serio hacia la eficiencia mental, y también las probables causas del fracaso en esfuerzos anteriores. Ahora llegamos a lo que podría llamar la calistenia del asunto, ejercicios que pueden compararse en términos generales con los ejercicios técnicos necesarios para aprender a tocar un instrumento musical. Es curioso que una persona que estudia un instrumento musical no sienta la menor vergüenza al hacer simples ejercicios para los dedos y las muñecas, mientras que una persona que trata de poner su mente en orden casi seguramente experimentará una falsa vergüenza al pasar por actuaciones que, sin duda, le son beneficiosas. Ahí radica uno de los grandes obstáculos para la eficiencia mental. Dígale a un hombre que se una a una clase de memoria, y titubeará, y dirá, como ya he comentado, que la memoria no es todo; y, en fin, no se unirá a la clase de memoria, en parte por indolencia, lo reconozco, pero más por una falsa vergüenza. (¿No es cierto?) Incluso vacilará sobre aprender cosas de memoria. Sin embargo, hay pocos ejercicios mentales mejores que aprender de memoria una gran poesía o prosa. Veinte versos a la semana durante seis meses: ¡qué “cura” para la debilidad! El principal, aunque no el único, mérito de aprender de memoria como ejercicio es que obliga a la mente a concentrarse. Y lo más importante como preludeo para el autodesarrollo es la facultad de concentrarse a voluntad. Otro ejercicio excelente es leer una página de cualquier cosa, y luego escribir inmediatamente —con palabras propias o del autor— el recuerdo completo de ella. ¡Un cuarto de hora al día! ¡Nada más! Y funciona como por arte de magia.

Esto me lleva al departamento de la escritura. Soy escritor de profesión; pero no creo tener prejuicios a favor del ejercicio de escribir. De hecho, me digo cada mañana que, si hay un ejercicio en el mundo que odio, es el ejercicio de escribir. Pero debo afirmar que, en mi opinión, el ejercicio de escribir es parte indispensable de cualquier esfuerzo genuino hacia la eficiencia mental. No me importa mucho lo que escriba, siempre y cuando formule oraciones y logre continuidad. Hay cuarenta maneras de escribir de forma no profesional, y todas son buenas. Puede llevar “un diario completo”, como dice el señor Arthur Christopher Benson que él hace. Esta es de las maneras menos recomendables. Los diarios, salvo en manos experimentadas como las del señor Benson, tienden a realizarse con el mínimo esfuerzo mental posible. También tienden a una exageración del ego, y si se dejan por ahí, pueden propiciar conflictos. Además, uno nunca sabe cuándo se le podrá exigir que los presente en un tribunal. Un cuaderno es mejor. No me pida que defina la diferencia entre un cuaderno y un diario. No lo haré ni puedo hacerlo. Es una diferencia que se siente instintivamente. Un diario trata exclusivamente de uno mismo y de sus acciones; un cuaderno abarca más, y anota lo que sea de interés que se haya observado. Un diario relata que uno cenó mayonesa de langosta y se levantó a la mañana siguiente con un dolor de cabeza, seguramente atribuible al esfuerzo mental. Un cuaderno relata que la señora — —, a quien uno invitó a cenar, tenía ojos marrones y un agradable modo de echar la cabeza hacia atrás tras formular una pregunta, y da cuenta de las extrañas aventuras de su esposo en Colorado, etc. Un diario es

Todo yo, yo, yo, yo, en sí mismo yo

(para citar una línea de la poesía trascendental de Mary Baker G. Eddy). Un cuaderno es el gran espectáculo de la vida. Un cuaderno puede ser especial o general. Conozco a un hombre que lleva un cuaderno de todos los casos de superstición actual que encuentra. Lo comenzó sin la menor sospecha de que estaba iniciando un documento de asombroso interés y de real valor científico; pero así fue el caso. En ausencia de un diario o cuaderno, uno puede escribir ensayos (si se tiene el coraje moral); o simplemente puede tomar notas sobre el libro que lee. O puede construir antologías de pasajes que hayan ejercido un atractivo individual y particular sobre sus gustos. La construcción de antologías es uno de los pasatiempos más agradables que puede tener una persona que no esté loca por el golf y el bridge — es decir, una persona pensante —, y lo recomiendo a quienes, desconfiando

discretamente de su capacidad para mantener un ritmo rápido de principio a fin, están ansiosos por comenzar su curso intelectual de forma suave y moderada. En cualquier caso, escribir —el acto de escribir— es vital para casi cualquier plan. Diría que era vital para todo plan, sin excepción, si no estuviera seguro de que algún corresponsal amable señalaría al instante un plan para el que, obviamente, la escritura no fuera vital.

Después de escribir viene el pensar. (La secuencia puede parecer extraña, pero yo la mantengo.) En esta conexión no puedo hacer mejor que citar una admirable carta que he recibido de un corresponsal que desea ser conocido únicamente como “Un Conferenciante de Oxford.” Las cursivas (excepto la última) son mías, no suyas. Él dice: “Hasta que un hombre tenga su cerebro físico completamente bajo control —suprimiendo su excesiva receptividad, sus tendencias a reproducir ociosamente los pensamientos de otros y a dejarse llevar por cada ráfaga de emoción— sostengo que no puede hacer ni una décima parte del trabajo que entonces sería capaz de realizar con poco o ningún esfuerzo. Además, aparte del trabajo, no ha entrado en su reino, y las ilimitadas posibilidades de desarrollo futuro le están vedadas. La eficiencia mental puede alcanzarse mediante la práctica constante de la meditación —es decir, concentrando la mente, digamos, durante tan solo diez minutos diarios, pero con absoluta regularidad, en algunos de los pensamientos más elevados de los que es capaz. Los fracasos serán frecuentes, pero deben considerarse con simple indiferencia y perseverancia obstinada en el camino escogido. Si se sigue ese camino sin interrupción siquiera por unas pocas semanas, los resultados hablarán por sí mismos.” Estoy totalmente de acuerdo con lo que dice este corresponsal, y le agradezco haber expuesto tan hábilmente el asunto. Pero considero que tal práctica de meditación, tal como él la indica, es más bien un ejercicio “avanzado” para un principiante. Una vez que el principiante haya comenzado, y ganado algo de confianza en su fuerza de voluntad, y adquirido la habilidad de definir sus pensamientos con suficiente claridad para plasmarlos por escrito, entonces, en mi opinión, sería el momento oportuno para emprender lo que sugiere “Un Conferenciante de Oxford.” Por cierto, él recomienda encarecidamente el libro de la señora Annie Besant, *Thought Power: Its Control and Culture*. Dice que trata el tema con claridad científica y ofrece un método práctico para entrenar la mente; yo respaldo esa última parte de su afirmación.

Eso es todo lo relativo a los procesos más o menos técnicos de sacudir a la mente de su pereza y hacer que obedezca exactamente las aspiraciones del alma. Y aquí concluyo. Numerosos correspondientes me han pedido que esboce un curso de lectura para ellos. En otras palabras, me han pedido que particularice para ellos las aspiraciones de sus almas. Sin embargo, mi tema no era el autodesarrollo. Mi tema era la eficiencia mental como medio para el autodesarrollo. Por supuesto, uno sólo puede adquirir eficiencia mental en el esfuerzo real del autodesarrollo. Pero yo me ocupaba, no de elegir la ruta; sino de la manera de seguirla. Usted me dice que me ocupo del mejor método para caminar, y me niego a discutir adónde ir. Precisamente. Un hombre no puede decirle a otro a dónde quiere ir.

Si él mismo no puede decidirse por una meta, bien podría acurrucarse y expirar, pues la raíz del asunto no está en él. Me contentaré con señalar que el universo entero está abierto para ser examinado. Demasiadas personas se imaginan que el autodesarrollo significa literatura. Asocian la vida superior con un conocimiento íntimo de la vida de Charlotte Brontë, o con el orden de las obras de Shakespeare. La vida superior puede ser tan bien las mariposas, o las costumbres funerarias, o las divisiones de un condado, o los nombres de las calles, o los musgos, o las estrellas, o los caracoles, como Charlotte Brontë o Shakespeare. Elija lo que le interese. Muchas personas finalmente organizadas y mentalmente eficientes no pueden leer a Shakespeare a cualquier precio, y si se les preguntara quién es el autor de *The Tenant of Wildfell Hall*, podrían responder orgullosamente Emily Brontë, si no dijeran que ni han oído hablar de ello. Un conocimiento exacto de cualquier tema, unido a un sentido cuidadosamente nutrido de la relatividad de ese tema respecto a otros, implica un enorme autodesarrollo. Con este consejo concluyo.

II -EXPRESAR LA INDIVIDUALIDAD

Lo más curioso y útil que se puede comprender es que uno nunca sabe la impresión que está causando en los demás. A menudo se puede adivinar con bastante exactitud si es buena, mala o indiferente —hay personas que hacen innecesario adivinarla, prácticamente se la informan—, pero no es a eso a lo que me refiero. Me refiero a que uno no posee en su mente la imagen mental correspondiente a la que su personalidad deja en las mentes de sus amigos. ¿Se le ha ocurrido alguna vez que hay un individuo misterioso que anda por ahí, caminando por las calles, visitando casas a tomar el té, charlando, riendo, refunfuñando, discutiendo, y que todos sus amigos lo conocen y hace tiempo que lo han evaluado y han llegado a una conclusión definida sobre él —sin decirle a usted más que una palabra casual y cautelosa; y que ese individuo es usted? Suponiendo que entrara en un salón donde se está tomando el té, ¿cree que se reconocería a sí mismo como una individualidad? Yo creo que no. Tendría la costumbre de decirse a sí mismo, como hacen los invitados cuando son molestados en los salones por otros invitados: “¿Quién es este tipo? Parece algo raro, espero que no sea un aburrimento.” Y su primera impresión sería ligeramente hostil. Porque, incluso cuando se uno se encuentra a sí mismo en un espejo inesperado, vestido con la ropa que se ha puesto ese mismo día y que se conoce de memoria, casi siempre se sorprende al darse cuenta de que usted es usted. Y de vez en cuando, cuando se mira en el espejo para arreglarse el cabello con la sobriedad plena de la madrugada, ¿no ha observado a un completo desconocido, y

no le ha despertado en cierta medida la curiosidad? Y si sucede así con detalles externos precisos de forma, color y movimiento, ¿qué no podrá ocurrir con el vago efecto complejo de la individualidad mental y moral?

Un hombre trata sinceramente de causar una buena impresión. ¿Cuál es el resultado? El resultado es simplemente que sus amigos, en la intimidad de sus mentes, lo clasifican como un hombre que se empeña en causar una buena impresión. Si mucho depende del resultado de una sola entrevista, o de un par de entrevistas, un hombre podría, en teoría, forzar a otro a aceptar la impresión que él desearía transmitir de sí mismo. Pero si el receptor de la impresión dispone de tiempo, el que la ofrece podría tan bien sentarse y meter las manos en los bolsillos, porque nada de lo que haga modificará o influirá de ninguna manera en la impresión que finalmente dará. La verdadera impresión se da, al fin, de forma inconsciente, no consciente; y, además, se recibe inconscientemente, no conscientemente. Depende en parte de ambas personas. Y queda inmutablemente fijada de antemano. No puede haber engaño final. Tome el caso extremo, el de la madre y su hijo. Se oye decir que el hijo engaña a su madre. ¡No es así! Si él es cruel, negligente, autoritario, ella lo percibe perfectamente. Él no la engaña, y ella no se engaña a sí misma. A menudo he pensado: ¡Si un hijo pudiera mirar en el corazón de su madre, qué revelación tendría! “¡Qué!” exclamaría. “¡Este juicio frío e imparcial, esta visión aguda de mis defectos, esta implacable memoria de pequeños desaires, injusticias y desaires insensibles cometidos hace tiempo, en el seno de mi madre!” Sí, amigo mío, en el seno de tu madre. La única diferencia entre tu madre y otra persona es que ella te acepta tal como eres, y te ama por lo que eres. Ella no es ciega: no lo imagines.

Lo asombroso no es que la gente sea tan mala para juzgar el carácter, sino que sean tan buenos jueces, especialmente de lo que podría llamar carácter fundamental. La persona más astuta no puede ocultar para siempre su carácter fundamental a los más sencillos. Y la gente juzga con mucha severidad también. Piensa en tus mejores amigos —¿acaso pasas por alto sus defectos? Al contrario, quizá eres demasiado consciente de ellos. Cuando los convocas en el ojo de la mente, no ves una creación ideal. Cuando los encuentras y hablas con ellos, constantemente haces reservas en su contra —a menos, por supuesto, que seas una colegiala desbordante de entusiasmo, como una fuente. Es bueno, al juzgar a un amigo, recordar que él te juzga a ti con la misma imparcialidad divina y superior. Es bueno comprender a

fondo que en tu individualidad, aquello que más irrita a tus amigos son las cosas de las que eres completamente inconsciente. No es hasta que han pasado los años que uno empieza a poder formar una vaga idea de cómo ha parecido a sus amigos. A los cuarenta y uno se rememora diez años atrás, y uno dice tristemente, pero con cierto divertimento: “Debo haber sido bastante evidente en aquel entonces. Puedo ver cómo debo haberlos exasperado. Y sin embargo, en ese momento ni la más remota idea tuve al respecto. Mis intenciones eran de lo mejor. Solo que no sabía lo suficiente.” Y uno recuerda alguna acción particularmente burda, y se reprende a sí mismo... Sí, todo eso está muy bien; y la iluminación que viene con la edad es sumamente satisfactoria. Pero ahora tienes cuarenta. ¿Qué dirás de ti mismo a los cincuenta? Tales reflexiones fomentan la humildad, y también promueven una renuencia, que es imposible alabar en exceso, a pisar los callos de los demás.

Hace un momento usé la frase “carácter fundamental.” Es un eco de la frase de Stevenson “decencia fundamental.” Y es la prueba final con la que uno juzga a sus amigos. “Después de todo, es un sujeto decente.” Debemos poder usar esa fórmula respecto a nuestros amigos. La amabilidad de corazón no es la mayor de las cualidades humanas —y su efecto general en el progreso del mundo no es enteramente benéfico—, pero es la mayor de las cualidades humanas en la amistad. Es la cualidad menos prescindible. Volvemos a ella con alivio después de cualidades más brillantes. Y tiene la gran ventaja de ir siempre de la mano de una mente amplia. Las personas de mente cerrada nunca son bondadosas. Puede que te sientas inclinado a refutar esta afirmación: por favor, reflexiona sobre ello; yo me inclino a sostenerla.

Podemos perdonar la ausencia de cualquier cualidad, excepto la amabilidad de corazón. Y cuando a un hombre le falta eso, lo culpamos, no lo perdonamos. Esto es, por supuesto, escandaloso. Un hombre nace como nace. Y puede tan fácilmente aumentar un codo a su estatura como añadir amabilidad a su corazón. Tal hazaña nunca se ha logrado, y nunca se logrará. Y, sin embargo, culpamos a aquellos que carecen de amabilidad. Tenemos la increíble, insoportable y odiosa audacia de reprochárselo. Los pensamos como si no tuvieran otra ocupación que ir a una tienda y comprar amabilidad. Te oigo decir que la amabilidad de corazón se puede “cultivar.” Bueno, odio tener siquiera la apariencia de contradecirte, pero sólo se puede culti-

var en el sentido botánico. No se pueden cultivar violetas sobre una ortiga. Un filósofo nos ha encomendado sufrir a los necios con alegría. De manera más útil, nos había encomendado sufrir a las personas malintencionadas con alegría.... Veo que, en un arranque de distracción, me he desviado al púlpito. Bajo.

III - ROMPER CON EL PASADO

Aquel oscuro amanecer nos despertó, y de inmediato se nos ocurrió —o al menos a aquellos de nosotros que hemos conservado algunas de nuestras ilusiones y nuestra ingenuidad— que teníamos algo por lo que alegrarnos, alguna causa para una vivacidad alegre y enérgica; y luego recordamos que era Año Nuevo, ¡y que había Resoluciones por poner en práctica! Por supuesto, todos sonreímos de manera superior al mero mencionar las Resoluciones de Año Nuevo; pretendemos que son juguetes para niños, y que hace tiempo que dejamos de considerarlas seriamente como una posible ayuda para la conducta. Pero somos tan engañadores, tan miserables y moralmente cobardes, por el terror de parecer ingenuos, que yo, por mi parte, no me dejaré engañar por esa sonrisa y esa pretensión. El individuo que se burla de las Resoluciones de Año Nuevo se parece a la mujer que dice que no mira debajo de la cama por las noches; la verdad no está en él, y en el mismo instante en que miente, si su cráneo se volviera de repente transparente, veríamos Resoluciones ardiendo con intensidad en su cerebro, como lámparas en Trafalgar Square. De esto estoy convencido: que diecinueve de cada veinte de nosotros nos levantamos esa mañana animados por ese sentimiento especial de vivacidad alegre y enérgica que sólo las Resoluciones pueden producir. Y diecinueve de cada veinte también éramos conscientes de una alta virtud, olvidando que no es la formulación de Resoluciones, sino su cumplimiento, lo que hace perdonable la conciencia de la virtud.

Y en esta hora, mientras la actividad de la Resolución aún está en pleno apogeo, quisiera insistir en el truismo, obvio quizá, pero propenso a ser pasado por alto, de que un hombre no puede avanzar y quedarse quieto al mis-

mo tiempo. Así como los moralistas han advertido a menudo sobre la tendencia a vivir en el futuro, yo advertiré sobre la tendencia a vivir en el pasado. Porque a mi alrededor veo a hombres atándose cuidadosamente con una cuerda irrompible a un poste inmóvil al pie de una colina y luego luchando por subir la colina. Si hay una Resolución más importante que otra, es la Resolución de romper con el pasado. Si la vida no es una negación continua del pasado, entonces no es nada. Esto puede parecer una doctrina dura y fría, pero ya sabes que hay aspectos del sentido común que son decididamente duros y fríos. Y uno encuentra constantemente en las personas de común sentido (¡oh, banda rara y selecta!) una sorprendente cualidad de crueldad mezclada con rasgos más suaves. ¿No lo has notado? El pasado es absolutamente intratable. No se puede hacer nada con él. Y una atención exagerada hacia él es como una atención exagerada a los sepulcros —una señal de barbarie. Además, el pasado suele ser el enemigo de la alegría, y la alegría es un logro sumamente precioso.

Personalmente, podría incluso llegar a mostrar hostilidad hacia el dolor, y una marcada hostilidad hacia el remordimiento —dos estados mentales que se alimentan del pasado en lugar de del presente. El remordimiento, que no es lo mismo que el arrepentimiento, no sirve para ningún propósito que yo haya podido descubrir. Lo que se ha hecho, se ha hecho, y se acaba. Como dijo inolvidablemente un gran prelado: “Las cosas son lo que son, y sus consecuencias serán lo que serán. ¿Por qué, entonces, intentar engañarnos a nosotros mismos?” —¿acaso ese remordimiento por la maldad es un ejercicio útil y loable? Mucho mejor, olvidar. De hecho, la gente se “regodea” en el remordimiento; es una forma algo viciosa de placer espiritual. El dolor, por supuesto, es diferente, y debe tratarse con delicada consideración. Sin embargo, cuando veo, como se ve, a un hombre o a una mujer dedicando su existencia al llanto por la pérdida de una criatura amada, y el mundo aplaudiendo tácitamente, mi sentimiento es ciertamente de antipatía. A mi parecer, ese hombre o esa mujer no está honrando, sino deshonrando, la memoria del que se ha ido; la sociedad sufre, el individuo sufre, y ningún bien terrenal o celestial se alcanza. El dolor pertenece al pasado; empaña el presente; es una forma de indulgencia, y debería ser refrenado mucho más de lo que a menudo lo es. El corazón humano es tan grande que el mero recuerdo no debería permitirse que tire de cada parte de él.

Pero los casos de remordimiento y de dolor absorbente son relativamente raros. Lo que no es raro es esa lealtad equivocada al pasado que domina la vida de tantos de nosotros. No me refiero a los principios rectores, que es poco probable que nos incomoden cambiándolos; me refiero a cosas secundarias, aunque aún importantes. No haremos tal o cual cosa porque nunca lo hayamos hecho — ¡como si eso fuera una razón! O siempre hemos hecho tal o cual cosa, por lo tanto siempre debemos hacerlo — ¡como si eso fuera lógica! Esa disposición a un toryismo irracional es curiosamente detectable incluso en los radicales más avanzados, y se manifiesta en las nimiedades más insignificantes. Recuerdo a un hombre cuya esposa se opuso a la forma de su sombrero (¡no es que yo considerara algo tan trascendental como un sombrero una nimiedad!). “Querido,” protestó, “siempre he llevado este tipo de sombrero. Puede que no me siente bien, pero me es absolutamente imposible cambiarlo ahora.” Sin embargo, ella lo llevó en un autobús a una tienda de sombreros, le compró otro y se lo puso en la cabeza, regalándole el viejo al dependiente, y lo sacó de la tienda. “¡Ahí!” dijo, “ya ves lo imposible que es.” Esta es una parábola. Y no insultaré tu inteligencia aplicándola.

La facultad que más necesitamos cuando estamos en ánimo de tomar Resoluciones es la facultad de la imaginación, la capacidad de mirar nuestra vida como si nunca la hubiéramos mirado antes — frescos, con un nuevo ojo. Suponiendo que hubieras nacido maduro y lleno de experiencia, y que ayer hubiera sido el primer día de tu vida, lo considerarías hoy como un experimento, cuestionarías cada acto en él, y probablemente organizarías el mañana de forma que mostrara un saludable desprecio por el ayer. Ciertamente, no dirías: “He hecho tal cosa una vez, por lo tanto debo seguir haciéndola.” El pasado no es más que un experimento. Una genuina apreciación de este hecho hará que nuestras nuevas Resoluciones sean más valiosas y drásticas de lo que suelen ser. Tengo la vaga idea de que la Resolución más útil para la mayoría de nosotros sería romper con casi el cincuenta por ciento de todos los votos que alguna vez hemos hecho. “No te acostumbres a encadenar tu volatilidad con votos.... Toma esta advertencia; es de gran importancia.” (La sabiduría es de Johnson, pero me enorgullezco de las cursivas.)

IV - ASENTÁNDOSE EN LA VIDA

El otro día, una famosa novelista inglesa me preguntó cuántos años creía que tenía, en realidad. “Bueno,” me dije a mí mismo, “ya que ella lo ha perdido, se lo daré; seré tan fiel a la realidad como sus novelas.” Así que respondí audazmente: “Treinta y ocho.” Imaginé que, si me equivocaba, al menos erraba por el lado de lo “real,” y temblé. Ella se rió triunfalmente. “Tengo cuarenta y tres,” dijo. El incidente podría haber pasado completamente a mi satisfacción si no hubiera continuado: “Y ahora dime, ¿cuántos años tienes tú?” Eso fue muy de mujer. Las mujeres imaginan que los hombres no tienen reservas, ni vanidades bonitas. ¡Qué error! Por supuesto, yo no podía ser superado en franqueza por una mujer. Tuve que ofrecerme como un sacrificio quemado a su curiosidad, y lo hice, valientemente pero sin inmutarme. Y luego, después, el hecho de mi edad se quedó conmigo, me inquietó, me obsesionó. Vi con mayor claridad que nunca que la edad empezaba a notarse. No podía pasar por alto la deliberación de mis movimientos al subir escaleras y al vestirme. Hubo una época en que la mayoría de las personas que encontraba en la calle parecían mucho mayores que yo. Ahora es diferente. El cambio llegó sin que me diera cuenta. Hay una generación más joven que la mía que fuma puros y se enamora. ¡Asombroso! Hubo un tiempo en que podía jugar de delantero izquierdista durante una hora y media sin desplomarme. Hubo un tiempo en que podía nadar ciento cincuenta pies sumergido en el fondo de una piscina. ¡Increíble! ¡Simplemente increíble!... ¿Será posible que ya he vivido?

Y he aquí: yo, con casi cuarenta años, me estoy planteando las viejas preguntas sobre el valor intrínseco de la vida, las preguntas fundamentalmente importantes: ¿Qué he sacado de ella? ¿Qué es probable que obtenga de ella? En una palabra, ¿vale la pena? Si un hombre puede hacerse a sí mismo una pregunta más trascendental, radical y crítica que estas, me gustaría saber cuál es. Innumerables filósofos han intentado responder estas preguntas de forma general para el individuo promedio, y posiblemente lo han logrado bastante bien. Tal vez podría beneficiarme de hojear sus respuestas. Pero, ¿crees que voy a leerlas? ¡Ni de broma! ¿Crees que puedo recordar la sabiduría que ya he leído? ¡Ni de broma! Mi mente es un perfecto borrón en este momento en lo que respecta a la sabiduría de los demás sobre la cuestión esencial. Extraño, ¿no es así? Pero creo que es una experiencia bastante común. Además, en realidad, no me importa un comino lo que cualquier otro filósofo haya respondido a mi pregunta. En esto, cada hombre debe ser su propio filósofo. Hay un instinto en el profundo egoísmo de la naturaleza humana que nos impide aceptar respuestas prefabricadas. ¿Qué nos importa lo que pensara Platón? Nada. Y así la pregunta permanece siempre nueva, y siempre sin respuesta, y siempre de dramático interés. Lo singular, lo sumamente singular es —y aquí llego a mi punto— que tan pocas personas se formulan la pregunta a tiempo, que tantas la formulan demasiado tarde, o incluso mueren sin haberla formulado.

Estoy firmemente convencido de que una inmensa proporción de mis semejantes instruidos no sólo omiten hacer el balance de sus vidas, sino que omiten incluso la operación preliminar de hacer un inventario. Siguen y siguen, comprando y vendiendo lo que no saben qué, a precios sin determinar, echando dinero en la caja y sacándolo. No saben qué mercancías hay en la tienda, ni cuánto hay en la caja, pero tienen la clara impresión de que la sala de estar detrás de la tienda no es para nada tan lujosa y bien ventilada como desearían. Y pasan los años, y ese hermoso mobiliario y ese sistema de ventilación no se logran. Y entonces, un día, mueren, y los amigos acuden al funeral y comentan: “¡Ay, qué sofocante es esta sala, y la tienda está prácticamente llena de trastos!” O, poco antes de morir, se quedan más tiempo de lo habitual en la tienda una noche, deciden hacer el inventario y contar la caja, y la desilusión los derrumba, y se arrastran hasta la sala de estar murmurando: “Nunca tendré ese hermoso mobiliario, y nunca tendré ese sistema de ventilación. Si lo hubiera sabido antes, al menos habría comprado unos cojines baratos para remediarlo, y habría golpeado una ventana

con mi puño. Pero ya es demasiado tarde. Estoy acostumbrado a las sillas Windsor, y sentiría el corrientazo de aire horriblemente.”

Si yo fuera predicador, y si no tuviera ya más que suficiente que hacer con mis propios asuntos, y si pudiera mirar a cualquiera a los ojos y negar que yo también he perseguido durante casi cuarenta años la gran política británica de ir tirando y esperando lo mejor —en resumen, si las cosas no fueran como son— contrataría el Teatro Alhambra o el Exeter Hall de un domingo por la noche —preferiblemente el Alhambra, porque vendrían más personas a mi espectáculo— e invitaría a todos los hombres y mujeres mayores de veintiséis años. Proveería a la multitud efervescente de lo que desearan en cuanto a refrescos corporales (excepto bebidas alcohólicas —trazaría la línea en venenos), y, habiéndoles puesto a ellos y a mí en un estado de ánimo agradable, expansivo y ameno, me dirigiría a ellos —por supuesto, con una elocuencia resonante que hasta John Bright podría envidiar:

“Hombres y mujeres (diría yo), compañeros en el pasatiempo universal de esconderse la cabeza en la arena, —estoy a punto de impartirles la esencia misma de la sabiduría humana. No es abstracta. Es un principio de aplicación diaria, que afecta a la jornada entera, desde el desaliño en el District Railway por la mañana hasta el desaliño en el District Railway a la mañana siguiente. ¡Cuidado con la esperanza, y cuidado con la ambición! Cada una es excelentemente tónica, como la competencia alemana, con moderación. Pero todos ustedes sufren de autoindulgencia con la primera, y muchos de ustedes están arruinando su constitución con la segunda. Sepan, queridos hombres y mujeres, que, considerada correctamente, la existencia es un justo compromiso entre dos instintos: el instinto de esperar vivir algún día, y el instinto de vivir aquí y ahora. En la mayoría de ustedes, el primer instinto simplemente ha estrangulado al otro. Prepárense para vivir a toda costa, pero, ¡por el amor de Dios, no se olviden de vivir! Nunca tendrán una oportunidad mejor que la que tienen ahora. Pueden pensar que la tendrán, pero se equivocan. Disculpen esta franqueza. Seguramente no son tan ingenuos como para imaginar que el camino al otro lado de aquella colina es más hermoso que el tramo que están transitando ahora!”

Los vítores, por supuesto, serían para los refrescos.

No cabe duda de que la mayoría del público consideraría que he perdido mi vocación, y que debería haber sido proveedor de banquetes en lugar de

predicador. Pero, una vez iniciado, no me desanimaría. Continuaría, noche de domingo tras noche de domingo. Nuestros principales anunciantes han demostrado abundantemente que el público cree en cualquier cosa si se le dice con la suficiente frecuencia. Practicaría la iteración, siempre con refrescos. Como resultado, al fin se le ocurriría a la mente corporativa que había algo de sentido en mi doctrina, y la gente comenzaría a percibir la insensatez de no saborear el presente, la insensatez de asumir que el futuro puede ser esencialmente distinto al presente, la necesidad de morir antes de haber comenzado a vivir.

V - MATRIMONIO

EL DEBER QUE IMPLICA

De vez en cuando se hace necesario tratar fielmente con ese tipo inmortal de persona, el ensalzador del pasado a costa del presente. No citaré a Horacio, como por todas las tradiciones literarias debería hacer, porque Horacio, como el incurable recortador que fue, “limitó” este asunto; y tampoco lo admiro mucho. Últimamente ha sido muy frecuente el ensalzamiento del pasado. Nos ha dicho que la miseria y la locura están aumentando descomunadamente, y aunque se ha demostrado que sucede exactamente lo contrario y se ha disculpado, en unos meses habrá olvidado la corrección y volverá a estallar en un renovado lamento. Nos ha dicho que nos deterioramos físicamente, y en tonos tan terribles que nos hemos estremecido, y muchos de noso-

tros hemos creído. Y considerando que la tasa de mortalidad está disminuyendo, que los barrios bajos están menguando, que las enfermedades están a la baja, que el trabajador agrícola come más que nunca, nuestra credulidad no rinde muy bien a nuestras facultades de razonamiento, ¿verdad? Por supuesto, existe esa terrible “invasión” en las ciudades, pero yo, por mi parte, tendría mucho interés en saber en qué consistía, en tiempos pasados, que la existencia del campesino fuera más saludable que la de los habitantes urbanos de hoy. La apariencia personal de los veteranos agrícolas no me ayuda; se parecen a conductores de autobús hambrientos retorcidos por un rayo.

Pero la guinda del ensalzador del pasado es ahora el matrimonio, con discretos guiños sobre la tasa de natalidad. El ensalzador del pasado va a pasar un tiempo magnífico con el tema del matrimonio. Ya se han oído los primeros gemidos de la tempestad. Los obispos han mirado con recelo la tasa de natalidad, y han manifestado su descontento. El asunto es serio. Como dice el refrán, “toca la raíz.” Nos estamos casando más tarde, amigos míos. Algunos de nosotros, en la prisa y preocupación por los negocios, estamos olvidando por completo casarnos. Es deber del ciudadano casarse y tener hijos, y estamos descuidando nuestro deber, ¿nos estamos volviendo egoístas! ¡Ya no se producen las gloriosas “descargas” de antaño! Nuestros padres se casaron a los veinte; nosotros nos casamos a los treinta y cinco. ¿Por qué? Porque un lujo burdo y debilitador nos ha sobrevenido. ¿Qué será de Inglaterra si esto continúa? ¡No habrá Inglaterra! De ahí que debemos preocuparnos por ello. Y así sucesivamente, en el mismo tono.

Quisiera preguntar a todos aquellos que han levantado y levantarán tales reclamos. ¿Han leído “X”? Ahora bien, el libro al que me refiero como “X” es una obra misteriosa, escrita hace poco más de cien años por un cura inglés. Es un clásico de la ciencia inglesa; de hecho, es uno de los grandes libros científicos del mundo. Ha influido inmensamente en todo el pensamiento científico del siglo XIX, especialmente en el de Darwin. El señor H.G. Wells, citado en la "Cyclopædia of English Literature" de Chambers, lo describe como “el libro más ‘demoledor’ que jamás se ha escrito o se escribirá.” Si puedo hacer una referencia personal, diré que me afectó más profundamente que cualquier otro libro científico que haya leído. Aunque es perfectamente fácil de entender y carece de la más mínima tecnicidad, es el libro más incomprendido de la literatura inglesa, simplemente porque no se lee. La noción actual acerca de él es totalmente falsa. Podría ser un instru-

mento poderoso de educación, tanto general como sociológica, pero los editores no lo reimprimen—al menos, no lo hacen. Y, sin embargo, es cuarenta veces más interesante y cuatrocientos veces más educativo que los comentarios de Gilbert White sobre las aves de Selborne. Les dejo adivinar qué es “X,” pero no ofrezco premio por la solución de un problema que un gran número de mis lectores ciertamente resolverán de inmediato.

Si aquellos que se angustian por el cambio en nuestro sistema matrimonial leyeran “X,” probablemente dejarían de preocuparse. Porque se darían cuenta de que han estado poniendo el carro delante de los bueyes; que han elevado a la categoría de principios fundamentales ciertas normas de conducta promedio que surgieron únicamente de ciertos instintos promedio en determinadas condiciones promedio, y que ahora se asustan porque, al haber cambiado las condiciones, las normas de conducta han cambiado con ellas. Una de las verdades que “X” aclara es que la conducta se adapta a las condiciones, y no las condiciones a la conducta.

El pago de impuestos es un deber que el ciudadano tiene para con el Estado. El matrimonio, con la procreación, no es un deber que el ciudadano tenga para con el Estado. El matrimonio, con sus consecuencias, es una cuestión de inclinación y conveniencia personales. Nunca ha sido otra cosa, y nunca lo será. ¿Cómo podría ser de otra manera? Si un hombre actúa en contra de su inclinación y conveniencia en un asunto en el que la inclinación es “la esencia del contrato,” simplemente le presenta al Estado un ciudadano descontento (¡si no dos!) en cambio de uno contento. La felicidad del Estado es la suma de la felicidad de todos sus ciudadanos; disminuir la propia felicidad, pues, es una manera singular de cumplir con el deber para con el Estado. ¿Imaginas que cuando la gente se casaba temprana y abundantemente lo hacía por un sentido del deber hacia el Estado—un sentido del deber que nuestro “lujo moderno” ha debilitado? Yo imagino que se casaban simplemente porque les convenía. Se casaban por puro egoísmo, como toda persona decente se casa. ¿Y acaso aquellos que hablan del deber del matrimonio besan a las chicas de sus corazones con vistas al bienestar general? Puedo imaginarles diciendo: “Mi ángel, te amo—por un sentido del deber hacia el Estado. Tengamos innumerables descendientes—por un sentido del deber hacia el Estado.” ¡Qué encantadoras se verían las chicas!

Si la edad matrimonial cambia, si la tasa de natalidad muestra una tendencia afín a seguir a la tasa de mortalidad (como debe suceder—ver “X”),

nadie debe alarmarse. Los principios elementales del bien y del mal no tiemblan en sus cimientos. La conciencia humana no se queda muda. La nación no se va a la ruina. La conducta se está ajustando a las nuevas condiciones, y eso es todo. Puede que no seamos capaces de ver exactamente cómo cambian las condiciones; eso es un detalle; nuestros descendientes lo verán claramente; mientras tanto, el cambio en nuestra conducta nos ofrece alguna pista. Y aunque ciertas personas nerviosas se alarmen, y prediquen, y “tomen medidas,” el resto de nosotros podemos permanecer plácidos en la segura fe de que las “medidas” no servirán para nada. Si hay dos cosas que se sitúan muy por encima de la legislación, de los “movimientos,” las cruzadas y la predicación, una es la edad matrimonial y la otra la tasa de natalidad. Porque allí el instinto supremo aparece y aplasta sin piedad todas las razones insinceras y los falsos altruismos; aplasta todo, de hecho, y comenta con parsimonia: “Me adaptaré a mi propia conveniencia, y nadie más que la propia Naturaleza (con N mayúscula) hablará conmigo. No me molestes con lo Correcto y lo Incorrecto. Yo soy lo Correcto y lo Incorrecto...” Habiendo intentado de este modo despejar un poco el terreno de palabrería, propongo a continuación ofrecer unos simples comentarios sobre el matrimonio.

LA AVENTURA QUE IMPLICA

Habiendo procurado demostrar que los hombres no se casan, y no deben casarse, por un sentido del deber hacia el Estado o hacia la humanidad, sino simplemente y únicamente por una inclinación egoísta a casarse, paso ahora al caso individual del hombre que está “en condiciones de casarse” y cuyas afectividades no están comprometidas. Por supuesto, si se ha enamorado, a menos que sea una persona de voluntad sumamente poderosa, no ponderará los pros y los contras del matrimonio; simplemente se casará, y ni cuarenta mil “contras” le impedirán hacerlo. Y estará absolutamente en lo cierto y justificado, así como la pajita que se arroja río abajo es absolutamente correcta y justificada. Pero el privilegio de enamorarse no se da a todos, y el inestimable privilegio de enamorarse profundamente se da a pocos. Sin embargo, el hombre a quien las circunstancias le permiten casarse, pero que no está enamorado, o lo está apenas, seguirá pensando en el matrimonio. ¿Cómo lo hará?

Se lo diré. En primer lugar, si ha llegado a los treinta sin haber sido tocado por Afrodita, reflexionará que ese peculiar sentimiento de expectación

romántica con el que se levanta cada mañana dejaría de existir tras el matrimonio— ¡y es un sentimiento muy agradable! En su lugar, en momentos de depresión, sentiría que ha hecho algo irremediable, que ha cerrado definitivamente una avenida para la expresión de su individualidad. (Recuerde, por favor, que no describo lo que este hombre debería pensar, sino lo que él piensa.) En segundo lugar, reflexionará que, después del matrimonio, ya no podrá esperar las encantadoras bienvenidas que los solteros reciben tan a menudo de las mujeres; quedaría “acabado” como posibilidad, y no le agrada la perspectiva de quedar acabado como posibilidad. Tales consideraciones, todas relacionadas más o menos con la pérdida de la “libertad” (¡oh, palabra misteriosa y excitante!), afectarán su actitud teórica. Y sepa usted que incluso la libertad de estar solo y melancólico sigue siendo libertad.

Otras ideas se le ocurrirán. Una mañana, mientras se peina, verá una cana, y, por muy joven que sea, se le aparecerá la anticipación de la vejez. ¡Una vejez solitaria! Una senilidad dependiente, para sus necesidades sociales y domésticas, de sobrinos y sobrinas condescendientes, o incluso de parientes más lejanos. ¡Espantoso! ¡Inimaginable! Y su primer impulso, especialmente si ha leído esa terrible novela, “Fort comme la Mort,” de De Maupassant, es salir corriendo a la calle y proponerle matrimonio a la primera chica que se cruce, para evitar esta espantosa pesadilla de una vejez solitaria. Pero antes de llegar hasta la puerta, reflexiona aún más. Suponga que se casa, y que, veinte años después, su esposa muere y lo deja viudo. Seguirá teniendo una vejez solitaria, y muchísimo más trágica que si hubiera permanecido soltero. Por lo tanto, el matrimonio no es un remedio seguro contra la vejez solitaria; puede intensificar el mal. ¿Hijos? Pero suponga que no tiene hijos. Suponga, que, habiendo hijos, mueren— ¡qué angustia! Suponga simplemente que se enferman gravemente y se recuperan— ¡qué experiencia de envejecimiento! Suponga que resultan ser una decepción— ¡qué remordimiento sin fin! Suponga que “resultan mal” (los hijos suelen hacerlo)— ¡qué vergüenza! Todas estas cosas ocurren constantemente en todas partes. Suponga que su esposa, habiéndolo amado, deje de amarlo, o suponga que él deje de amar a su esposa. Ces choses ne se commandent pas— estas cosas no se mandan por sí solas. Personalmente, estimo que en menos del uno por ciento de los matrimonios románticos ni el marido ni la mujer son capaces de sentir pasión el uno por el otro después de tres años. ¡Tan breve es la violencia del amor! En quizás un treinta y tres por ciento, la pasión se transforma en un afecto tranquilo— lo cual es ideal. En un cincuenta

por ciento se hunde en pura indiferencia, y uno se acostumbra a su esposa o a su marido como a otros hábitos. Y en el dieciséis por ciento restantes se desarrolla en disgusto o repulsión. ¿Creen ustedes que mis porcentajes están equivocados, ustedes que han estado casados mucho tiempo y saben lo que es el mundo? Bueno, pueden modificarlos un poco—pero no querrán modificarlos demasiado.

El riesgo de encontrarse, en última instancia, entre ese dieciséis por ciento se puede evitar con el simple recurso de no casarse. Y mediante el mismo recurso se pueden evitar otros riesgos, junto con otros que no he mencionado. Es, pues, totalmente obvio (de hecho, pido disculpas por mencionarlo) que la actitud hacia el matrimonio del soltero sin ataduras afectivas debe ser, en el mejor de los casos, una actitud sumamente cautelosa. Sabe que ya está en la sartén (nadie lo sabe mejor), pero, considerando la proximidad del fuego, duda si no le convendría quedarse donde está. Su vida será más tranquila, más parecida a la de una serpiente en hibernación; sus sensibilidades se embotarán; pero las posibilidades de sufrir penas profundas se reducirán materialmente.

Así, el soltero que está en condiciones de casarse pero no está enamorado, seguramente decidirá en teoría no casarse—es decir, si es tímido, si prefiere la sartén, si carece de iniciativa, si tiene alma de rata, si quiere vivir lo menos posible, si odia su propia especie, si su egoísmo es del tipo miserable que no se atreve a mezclarse con el de los demás. Pero si ha sido más felizmente dotado, decidirá que la magnífica aventura vale la pena lanzarse; el inextinguible y refinado instinto del juego en él le impulsará a tomar, a la primera oportunidad, un boleto en la única lotería permitida por el Gobierno británico. Porque, después de todo, el mutuo sentido de pertenencia que sienten el marido normal y la esposa normal es algo único, algo que no se puede obtener sin el matrimonio. El otro día vi a un hombre y a una mujer en una venta; yo estaba lo suficientemente lejos como para no oírlos, pero pude percibir que tenían una discusión muy animada—quizá sólo trataba sobre las iniciales en las fundas de las almohadas; estaban absortos en sí mismos; el mundo no existía para ellos. Y pensé: “¡Qué Fuerza maravillosa y exquisita es la que reúne a ese extraño organismo sombrío, lacónico, con un sombrero de seda y un abrigo negro suelto, y a ese extraño organismo brillante, vivaz, quejumbroso, irracional, en un pelaje y plumas espléndidos!” Y cuando se alejaron, el fenómeno más interesante del universo se

fue. Y pensé: “Así como ninguna cerveza es mala, pero hay cervezas mejores que otras, tampoco hay matrimonio malo.”

La mayor recompensa del matrimonio es algo que el matrimonio está destinado a dar—compañerismo cuya misteriosa capacidad de interés nada puede marchitar. Un hombre puede odiar a su esposa hasta el punto de que ella no pueda enhebrar una aguja sin molestarlo, pero cuando él muera, o ella muera, dirá: “Bueno, me resultó interesante.” Y siempre lo es. Así me dijo un soltero de cuarenta y seis años la otra noche: “Cualquier cosa es mejor que el vacío.”

LOS DOS CAMINOS

Con Sabine y otros métodos sumarios de casarse ahora abandonados por toda la gente decente, quedan dos amplias maneras generales. La primera es la manera inglesa. Dejamos que la naturaleza siga su curso. Prestamos atención al clamor del corazón. Cuando, en medio de los peligros y accidentes del mundo, dos almas “se encuentran,” nos regocijamos. Nuestro deseo instintivo es que se casen, si es que de alguna manera se puede arreglar el asunto. Reconocemos francamente el reclamo del romance en la vida, y estamos dispuestos a hacer sacrificios por ello. Vemos a una joven pareja en el altar; están enamorados. ¡Bien! Son pobres. ¡Tanto peor! Pero, no obstante, sentimos que el amor los sacará adelante. El repulsivo sistema francés de trueque y regateo es lo único que nosotros, en las costumbres de nuestros grandes vecinos, ni podemos comprender ni perdonar. Procuramos ser corteses con ese sistema; simplemente no podemos. Ofende nuestros sentimientos más finos y tiernos. Es tan evidentemente contrario a la naturaleza.

La segunda es la manera francesa, a la que acabo de aludir como de trueque y regateo. Ahora bien, si hay algo que un francés ni puede comprender ni perdonar en las costumbres de una raza tan maravillosamente práctica y

sagaz como la nuestra, es el sistema matrimonial inglés. Él procura ser cortés al respecto, y lo consigue. Pero ofende sus sentimientos más finos y tiernos. Admite que está conforme a la naturaleza; pero es propenso a argumentar que todo el progreso de la civilización ha sido el resultado de un esfuerzo por alejarse de la naturaleza. “¿Qué? ¿Dejar el vínculo más importante al que un hombre puede acceder a merced del azar, cuando un simple gesto puede encender la pasión, o el color de un corsé inducir el deseo?! ¡No, ustedes, ingleses, que son tan moderados, no van a defender seriamente eso! Ustedes hablan del amor como si durara para siempre. Hablan de sacrificar por el amor; pero lo que en realidad sacrifican, o corren el riesgo de sacrificar, es la totalidad de la segunda parte de la vida matrimonial en pos de los dos o tres primeros años. El matrimonio no es una larga luna de miel. Desearíamos que lo fuera. Cuando ustedes aceptan un matrimonio, fijan la vista en la luna de miel. Cuando nosotros aceptamos un matrimonio, tratamos de verlo tal como será dentro de cinco o diez años. Afirmamos que, en el caso promedio, cinco años después de la boda, no importa si las partes estaban enamoradas el día de la boda. Por ello, no cederemos a los impulsos del momento. Además, vuestro sistema es, si se me permite la observación, una apuesta por la imprudencia; es, en cierto modo, el resultado de la imprudencia. Ustedes pueden casar a sus hijas sin dote, y la posibilidad de hacerlo les tienta a descuidar su sencillo deber hacia ellas, y no siempre resisten la tentación. ¿Acaso resultan mejores vuestros matrimonios de “romance” que nuestros matrimonios de prudencia, de reflexión cuidadosa, de larga previsión? No lo creemos.

Eso es todo sobre los dos caminos. El patriotismo es, según el doctor Johnson, el último refugio de un sinvergüenza, y no tengo intención de juzgarlos entre sí, como me incita mi corazón, por si llegase a ser acusado de ello. No obstante, puedo insinuar que, si bien estoy perfectamente convencido por la admirable lógica de los franceses, yo sigo, con el encantador ilógico de los ingleses, a favor de los matrimonios románticos (entendiéndose, por supuesto, que las dotes deberían ser mucho más abundantes de lo que son en Inglaterra). Si un francés me acusara de estar dispuesto a arriesgarme a sacrificar toda la segunda parte de la vida matrimonial por los dos o tres primeros años, respondería sin dudar: “Sí, estoy dispuesto a arriesgar ese sacrificio. Calculo que esos dos o tres primeros años lo valen.” Pero, luego, yo soy inglés, y por ello, romántico por naturaleza. ¡Mira Londres, esa ciudad cuya cualidad sobresaliente es su calidad romántica; y mira a las muje-

res inglesas recorriendo sus maravillosas calles! Sus mismos ojos rebosan de romance. Puede que carezcan de elegancia, pero son heroínas de la dramaturgia. Luego mira París; allí hay poco romance en las finas líneas rectas de París. Mira a las parisinas. Son las mujeres más asombrosas y adorables que la naturaleza haya inventado. Pero no son románticas, ¿sabes? No saben lo que es el romance. Son tan prácticas que, cuando piensas en su practicidad, te eriza la piel en la nuca.

Para retomar, se pueden ver los dos caminos desde otra perspectiva. Tal vez la diferencia entre ellos es, fundamentalmente, menos una diferencia entre las ideas de dos razas que una diferencia entre las ideas de dos “épocas de la vida”; y en Francia predomina la actitud de los mayores. A medida que la gente envejece, incluso los ingleses, se inclinan cada vez más por el matrimonio de la razón en contraposición al matrimonio del romance. Los jóvenes, incluso los franceses, se oponen firmemente a la teoría y la práctica del matrimonio de la razón. Pero en ellos el éxtasis único y precioso de la juventud no ha pasado, mientras que sus mayores han olvidado su sabor. ¿Cuál es el correcto? Nadie podrá decidirlo jamás. Pero ni un sistema ni el otro se aplicará bien a todos, o casi a todos, los casos. Han existido miles de matrimonios románticos en Inglaterra de los que se podría decir que hubiera sido mejor que en vigor se hubiera aplicado el sistema francés para prevenir su existencia. Y, de igual modo, miles de posibles matrimonios románticos han sido impedidos en Francia que, de haber prevalecido el sistema inglés allí, habrían salido de manera excelente. La prevalencia de las dotes en Inglaterra no haría perfecto el sistema inglés (pues debe recordarse que el dinero es solo uno de los varios ingredientes del matrimonio francés), pero lo mejoraría considerablemente. Sin embargo, no somos una raza previsora, y es poco probable que lleguemos a serlo. Así que nuestros jóvenes deben resignarse a la continua ausencia de dotes.

El lector podrá imaginar que he llegado al final de mis comentarios. No es así. Todo lo anterior es tan solo un prelude de lo que sigue. Quiero referirme al caso del hombre que ha probado justamente el sistema inglés y lo ha encontrado fútil. Así, en Inglaterra, esperamos a que llegue el azar. Esperamos que llegue el amor. ¿Y si no llega? ¿Dónde estará entonces el sistema inglés? Suponga que un hombre en condiciones de casarse llega a los treinta y cinco o a los cuarenta sin haberse enamorado. ¿Por qué no debería probar, para variar, el sistema francés? Cualquier matrimonio es mejor que nin-

gundo. Naturalmente, en Inglaterra, no podría acercarse a la Feria de las Novias y anunciar: “No estoy precisamente enamorado de ti, ¿pero te casarías conmigo?” Lo expresaría de otra manera. Y ella lo entendería. ¿Y crees que ella se negaría?

VI - LIBROS

EL LADO FÍSICO

El interés principal de muchos de mis lectores es, declaradamente, los libros; pueden, probablemente, profesar otros intereses, pero son principalmente “bibliófilos,” y cuando uno es bibliófilo lo es durante unas veintitrés horas y tres cuartos al día. Ahora bien, los bibliófilos son capaces de entender cosas acerca de los libros que no se pueden poner en palabras; no son como simples suscriptores de bibliotecas ambulantes; para ellos un libro no es solo un libro—es un libro. Si estas líneas llegasen a llamar la atención de personas que no sean bibliófilas, tales personas podrán imaginar que estoy diciendo disparate; pero confío en que los bibliófilos me comprenderán. Y me atrevo, pues, a ofrecer algunas reflexiones sobre un aspecto de la modernidad bibliófila que se vuelve cada vez más “actual” a medida que crecen conjuntamente la empresa editorial y los beneficios de la educación. Me refiero a las “ediciones populares” de los clásicos.

Ahora, estoy muy agradecido con los creadores de ediciones baratas y prácticas. El primer libro que compré fue el primer volumen de la primera serie moderna de reimpressiones presentables y realmente baratas, a saber, “Warren Hastings” de Macaulay, en la "National Library" de Cassell (seis peniques, en rústica). Esa piedra angular de mi biblioteca, lamentablemente,

ha desaparecido bajo los sucesivos depósitos, pero otro volumen de la misma serie, “Visions of England” de F. T. Palgrave (un libro, por lo demás, escaso), aún me permanece a través de las vicisitudes de diecisiete años de ventas, compras e intercambios, y no me importaría desprenderme de él. Tengo más de doscientas obras de esa inestimable e incomparable serie, “The Temple Classics,” además de varios cientos de volúmenes variados de otras series. Y cuando oí hablar de la nueva “Everyman's Library,” proyectada por ese benefactor de los bibliófilos, el señor J. M. Dent, mi primer acto apasionado fue sentarme y escribir una postal a mi librero ordenando “The Byzantine Empire” de George Finlay, una obra que esperó sesenta años para ser reconocida popularmente. Así que no se me puede acusar de estar realmente en contra de las reimpresiones baratas.

Consciente de ello, me permito afirmar que las reimpresiones baratas y prácticas “están muy bien en su forma” —lo que significa que no son el Alfa y la Omega de la bibliófilia. Gastando 20 libras al año durante los próximos cinco años, un hombre podría coleccionar, en reimpresiones baratas y prácticas, todo lo que valga la pena tener de la literatura clásica inglesa. Pero yo, por mi parte, no estaría dispuesto a considerar tal biblioteca como una biblioteca real. La consideraría solo una edición barata de una biblioteca. Habría en ella algo que despertaría en mí cierta benevolente desdén, aunque cada volumen estuviera bien impreso en buen papel y encuadernado de forma discreta. ¿Por qué? Bueno, aunque mi profesión en la vida es decir lo que siento en palabras sencillas, no creo que en este asunto pueda decir lo que siento de forma tan directa. Tengo que confiar en que mis lectores, bibliófilos de pecho sensible, comprenderán mi actitud.

En primer lugar, tengo una antipatía instintiva hacia una “serie.” No quiero “The Golden Legend” y “The Essays of Elia” uniformados como en un regimiento de libros. Me hace pensar en el reclutamiento y en los cuarteles. Incluso la más noble de las series de reimpresiones jamás planificadas (que tampoco son nada baratas, ni heterogéneas en contenido), las Tudor Translations, me molestan en masa. Su aparición en serie me parece que le roba a un libro algo muy delicado y sutil en el aroma de su individualidad— algo que, siendo inexplicable, no trataré de explicar.

En segundo lugar, la mayoría de las reimpresiones baratas y prácticas son de tamaño reducido. Pueden ser tipográficamente excelentes, con letra grande y papel opaco; pueden ser prácticas de manejar; pueden ser sumamente

adecuadas para llevar en el bolsillo y, precisamente, para viajar; pueden ahorrar valioso espacio cuando el lugar en la estantería es limitado; pero son pequeñas en tamaño. Y hay, en lo que respecta a la mayoría de la literatura, un valor moral distintivo en el tamaño. ¿Llevo a mi audiencia conmigo? Eso espero. Si "Paradise Lost" se produjera de tal forma que pudiera caber en el bolsillo de un chaleco, ya no sería "Paradise Lost." Milton necesita una forma sólida de octavo, con papel robusto y tipo impreso grande. Tengo "Walpole's Letters" en la serie "Thin Paper Classics" de Newnes, un volumen maravilloso de cerca de novecientas páginas, con un retrato, un buen índice y una hermosa encuadernación, por tres libras y seis chelines, y estoy sumamente agradecido a los señores Newnes por haber creado ese volumen. Fue un genio puro de su parte hacerlo. De él obtengo sensaciones encantadoras, pero sensaciones no tan encantadoras como las que me produciría la edición grandilocuente y polifacética de la señora Paget Toynbee, sin contar las eruditas notas de la propia Toynbee y las cartas extra que ha podido imprimir. La misma carta en la edición de la señora Toynbee tendría para mí un mayor valor estético y moral que en la "ediciónlet" de los señores Newnes. La única serie barata que satisface mi deseo de tamaño es la "Library of English Classics" de Macmillan, en la que tengo los "Travels" de ese mítico personaje, Sir John Mandeville. Pero es solo al pagar por ella que se sabe que esa edición es barata, pues mide nueve pulgadas por seis pulgadas por dos pulgadas.

Y en tercer lugar, cuando uno compra series, solo elige parcialmente sus libros; la mayoría son escogidos por el editor para uno. E incluso si no son escogidos por el editor para uno, le son sugeridos por el editor. No así es como el genuino bibliófilo forma su biblioteca. El genuino bibliófilo comienza teniendo deseos específicos. Su estudio de las autoridades le impone una demanda, y la demanda le obliga a encontrar la oferta. No permite que la oferta cree la demanda. Tal situación sería casi humillante, casi como el advenedizo que llama al mayor proveedor de mobiliario y decoración para que le provea un hogar. Una biblioteca debe ser, ante todo, la expresión de la personalidad del propietario.

Permítanme afirmar de nuevo que estoy firmemente a favor de las series baratas de reimpressiones. Su influencia, aunque no sea la más fina, es indudablemente buena. Son tan grandes un beneficio como el pan barato. Son indispensables cuando el dinero o el espacio es limitado, y al viajar. Sin

duda ayudan a educar un gusto por libros que no son ni baratos ni prácticos; y los coleccionistas más lujosos quizá no puedan permitirse ignorarlos por completo. Pero tienen sus limitaciones, sus desventajas. No pueden formar la columna vertebral de una “verdadera” biblioteca. Sin embargo, hacen una admirable labor decorativa en una biblioteca. La mía se vería bastante simple si se viera despojada de ellos.

LA FILOSOFÍA DE COMPRAR LIBROS

Desde hace bastante tiempo he vivido, en lo que respecta a los libros, con el mínimo de comodidad y decencia—con, de hecho, lo justo y necesario para vivir, siendo, en mi caso, necesarios varios diccionarios, Boswell, un atlas, Wordsworth, una enciclopedia, Shakespeare, Whitaker, algo de Maupassant, una antología poética, Verlaine, Baudelaire, una historia natural de mi condado natal, un viejo directorio de mi ciudad natal, Sir Thomas Browne, Poe, Walpole's Letters y un libro de memorias que no nombraré. Una lista curiosa, dirán. ¡Bueno, no importa! No a todos nos apetece comer filetes de ternera y papas fritas en una mesa de roble, con un cuarto espumoso a la mano derecha. Tenemos nuestras idiosincrasias. El hecho es que existí con lo justo y necesario para vivir (muy saludable—dicen los doctores) durante mucho tiempo. Y luego, hace poco, reuní energías y conseguí que me transportaran mil quinientos volúmenes; y los coloqué en estanterías; y los reorganicé en estanterías; y los dejé organizarse en estanterías.

Pues bien, ya saben, la forma en que camino de un lado a otro frente a esos volúmenes, cuyos rostros había casi olvidado, es perfectamente infantil. Es como la forma de un niño en una ménagerie. Allí, en su jaula, está esa edición de 1839 de Shelley, editada por la señora Shelley, que casi vendí al British Museum porque el Conservador de Libros Impresos pensó que no tenía una copia— ¡pero sí la tenía! Y allí, en una jaula por sí sola, por su te-

rrible enormidad, está la edición de París de 1652 de los Ensayos de Montaigne. Y podría continuar, y lo haría, de no ser esencial llegar a mi argumento.

¿Acaso creen que la presencia de estos libros, tras nuestra larga separación, me hace leer más de lo que leía? ¿Acaso creen que me dedico a buscar mis pasajes favoritos? Ni un poco. La otra noche tuve un largo viaje en tranvía, y, antes de partir, traté de seleccionar un libro para llevar conmigo. No pude encontrar uno que se ajustara exactamente al “estado de ánimo del tranvía.” Como tenía que coger el tranvía, me vi obligado a decantarme por algo, y al final me fui con nada más original que “Hamlet,” con el cual ya estoy demasiado familiarizado... Luego compré un periódico vespertino, y lo leí entero, incluidos los anuncios. Entonces me dije: “¡Este es un buen resultado de todo mi esfuerzo por reunirme de nuevo con algunos de mis libros!” Sin embargo, como hace tiempo que dejé de sorprenderme ante la forma excéntrica en que la naturaleza humana se niega a actuar como uno esperaría, pude mantener la calma y sin vergüenza durante esta extraordinaria experiencia. Y aún sigo caminando de un lado a otro frente a mis libros y disfrutándolos sin leerlos.

Quiero argumentar que se habla (y se escribe) muchísimo disparate sobre la lectura. Publicaciones como “The Athenæum,” que, no obstante, recorro con alegría de cabo a rabo cada semana, apenas pueden notar una nueva edición de un clásico sin expresar, en tono afligido y pesimista, el temor de que más gente compre estas agradables ediciones de lo que las lee. ¿Y si es así? ¿Qué? ¿Solo vamos a comprar los libros que leemos? La pregunta debe plantearse de forma tan directa, y se responde por sí sola. Todos los bibliófilos apasionados, excepto unos pocos que dedican su vida entera a la lectura, tienen filas de libros en sus estanterías que nunca han leído, y que nunca leerán. Sé que tengo cientos de ellos. Mi mirada se posa en las obras de Berkeley en tres volúmenes, con un prólogo del Honorable Arthur James Balfour. No puedo imaginar las circunstancias en que llegue a leer a Berkeley; pero no me arrepiento de haberlo comprado en una buena edición, y lo volvería a comprar si no lo tuviera; pues cuando lo miro, parte de su virtud se me transmite; soy mejor gracias a él. Un cierto aroma de filosofía impregna mi alma, y soy menos tosco de lo que de otro modo sería. Esto no es fantasía, sino un hecho.

Tomando a Berkeley simplemente como ejemplo, lo utilizaré un poco más. Dirán que debería haber leído a Berkeley; así como debería haber leído a Spenser, Ben Jonson, George Eliot, Victor Hugo. En absoluto. No hay “deber” en ello. Si la masa de literatura de primera clase disponible, como lo era hace quizás un siglo, no fuera tan grande como para que un hombre de ocio limitado pudiera asimilarla en su tiempo libre y durante la primera mitad de su vida, entonces, posiblemente, habría un “deber” en ello. Pero la masa se ha vuelto ingobernable, incluso para aquellos lectores profesionales robustos que pueden “asir bibliotecas enteras.” Y yo no soy un lector profesional. Soy escritor, así como podría ser hotelero, abogado, médico, tendero o fabricante de loza. Leo en mi escaso tiempo libre, y tampoco leo en todo mi tiempo libre. Tengo otras distracciones. Leo lo que me apetece leer, y no siento obligación de terminar un libro que no me interesa terminar. Leo en mi ocio, no por un sentido del deber, no para mejorarme, sino únicamente porque me da placer leer. A veces me lleva un mes terminar un libro. Supongo que mi caso es bastante promedio. ¿Pero voy a encadenar mis compras a mi lectura? ¡Ni de broma! Quiero tener muchos libros en mis estanterías porque sé que son buenos, porque sé que me divertirán, porque me gusta mirarlos, y porque algún día puede que se me antoje leerlos. (¡Berkeley, quizá tu turno llegue!) En resumen, los quiero porque los quiero. Y, ¿me disuadirá el temor a algún individuo encasillado y singular, alguien que haya leído muchísimo pero que no sepa distinguir entre un cigarro J. S. Muria y un R. P. Muria, que entre y me intimide con la espantosa pregunta: “Señor, ¿lee usted sus libros?”

Por lo tanto, digo: Al comprar un libro, déjese influir por solo dos consideraciones. ¿Está razonablemente seguro de que es un buen libro? ¿Siente el deseo de poseerlo? No se deje influir por la probabilidad o la improbabilidad de leerlo. Después de todo, uno lee cierta proporción de lo que compra. Y además, cuenta el instinto. El hombre que gasta medio chelín en “Early Plantagenets” de Stubbs en lugar de ir al teatro a ver “The Spring Chicken” en el Gaiety, probablemente sea el tipo de hombre que saboreará la bondad de “Early Plantagenets” de Stubbs años antes de motivarse a leerlo.

VII - ÉXITO

COMENTARIOS SINCEROS

Hay momentos en que toda la prensa libre y esclarecida del Reino Unido parece volverse extrañamente interesada en el tema del “éxito”, en progresar en la vida. Estamos atravesando un período así ahora mismo. Sería difícil nombrar a los periodistas prominentes que no hayan escrito últimamente, de una u otra forma, acerca del éxito. El fenómeno más singular de todos: el doctor Emil Reich ha dejado de lado a Platón, las duquesas y el Hotel Claridge’s, para instruir a los un millón de lectores de un periódico matutino en los principios del éxito. ¡Qué pensarán esos un millón de lectores de las enérgicas y esforzadas frases del doctor, no me atreveré a imaginarlo; pero yo sé lo que pensé, como un hombre común! Tras tomar debida conciencia de su etéreo juego con las “constantes” y “variables” del éxito, tras verlo tratar la “energética” (su maravilloso nombre nuevo para la “ciencia” del éxito) como si, por acabar en “-ica”, se pareciera a las matemáticas, pensé que el sublime y venerable arte de la mistificación no podía irse a mayores. Si mi compañero peregrino por este valle de aflicción, el joven promedio que llega a Waterloo a las 9.40 cada mañana con un cigarrillo en la boca, una temporada de segunda clase sobre el corazón y vagas aspiraciones en el alma, se sintiera al menos la mitad tan confundido como yo, probablemente ya habría decidido que la ciencia del éxito tiene todas las desventajas del

álgebra sin ninguna de las ventajas del cricket, y que mejor sería dejarla de lado antes de que le ocurra algún mal. En el caso poco probable de que aún no haya tomado una decisión acerca de la ciencia del éxito, estoy decidido a tratar el tema de manera inquietantemente sincera. Siento que es tan peligroso decir la verdad sobre el éxito como decir la verdad sobre los Estados Unidos; pero, acostumbrado ya del todo al silbido de las balas alrededor de mi cabeza, lo intentaré de todos modos.

La mayoría de los escritores sobre el éxito son, por pura bondad de corazón, astutamente deshonestos. Pues el fundamento de su argumento es que casi cualquiera que se dedique a ello puede lograr el éxito. Esto es, en pocas palabras, falso. La idea central misma del éxito es la separación de la multitud de hombres comunes; es quizá la única idea común a todas las diversas clases de éxito: la diferenciación del grupo. Dirigirse a la población en general y decirle cómo separarse de sí misma es simplemente absurdo. Ahora bien, estoy usando la palabra “éxito” en su sentido ordinario. Si la naturaleza humana fuera más perfecta de lo que es, el éxito en la vida significaría un conocimiento íntimo de uno mismo y la consecución de una calma interior filosófica, y tal meta podría alcanzarse para la mayoría de los mortales. Pero para nosotros el éxito significa otra cosa. Se puede dividir en cuatro ramas: (1) Distinción en la ciencia pura o aplicada. Esta es la forma de éxito menos burda, ya que con frecuencia implica pobreza y no siempre conlleva fama. (2) Distinción en las artes. En este caso suele implicarse fama y adulación, aunque raramente traigan consigo riquezas. (3) Influencia y poder directos sobre la vida material de otros hombres; es decir, distinción en política, tanto a nivel nacional como local. (4) Éxito en acumular dinero. Esta última es la más común y la más fácil. La mayoría de los tipos de éxito se encuadran en alguna de estas categorías. ¿Son posibles para ese hombre tan renombrado y tan elogiado, el hombre de la calle? No lo son, y bien lo saben, ¡ustedes, profesores de la ciencia del éxito! Solo una pequeña minoría de nosotros puede incluso llegar a ser rica.

Afortunadamente, si bien es cierto que el éxito en su acepción común es, por su misma esencia, inalcanzable para la mayoría, existe una verdad complementaria que compensa la balanza; a saber, que la mayoría no desea el éxito. Esto puede parecer una afirmación audaz, pero se ajusta a los hechos. Imaginen al hombre de la calle, de repente, por algún milagro, investido de poder político y, por supuesto, obligado a usarlo. Al final de la semana esta-

ría tan alterado, preocupado, fatigado y exasperado que estaría dispuesto a arrancarse los ojos de la cabeza para deshacerse de él. En cuanto al éxito en la ciencia o en el arte, el interés del hombre promedio en tales asuntos es tan leve, comparado con el del hombre de ciencia o del artista, que no se puede decir que tenga interés en ellos. E incluso suponiendo que se le impusiera una distinción en estos campos, la perdería rápidamente por simple indiferencia y negligencia. El hombre promedio ciertamente quiere algo de dinero, y usualmente no descansa hasta haber conseguido lo justo para satisfacer sus necesidades instintivas. Moverá cielo y tierra en su entorno para ganar el dinero suficiente para casarse en la “estación” a la que se ha acostumbrado; y precisamente en ese momento su genuino deseo de dinero dejará de estar activo. El hombre promedio tiene esto en común con el genio más excepcional: su carrera, en líneas generales, está gobernada por sus instintos. El hombre promedio florece y se siente a gusto en una atmósfera de rutina pacífica. Los hombres destinados al éxito florecen y se sienten a gusto en una atmósfera de colisión y disturbio. Los dos temperamentos son muy distintos. Naturalmente, el hombre promedio sueña vagamente, de vez en cuando; sueña que sería bueno ser famoso y rico. Todos soñamos vagamente con esas cosas. Pero soñar vagamente no es desear. A menudo me digo a mí mismo que daría cualquier cosa por ser tan bueno como Cinquevalli, el malabarista, o por ser el capitán del mayor transatlántico. Pero la parte reflexiva de mí me dice que mi anhelo de imitar a esos asombrosos personajes no es un deseo genuino, y que su realización no aumentaría mi felicidad.

Para obtener una noción razonablemente verdadera de lo que le sucede a la masa de la humanidad en su progreso desde la cuna hasta la tumba, uno no debe intentar abarcar una nación entera, ni siquiera una gran metrópolis, ni siquiera una ciudad muy grande como Manchester o Liverpool. Estos panoramas son tan inmensos y confusos que derrotan la vista del observador. Es mejor tomar un pueblo pequeño de, digamos, veinte o treinta mil habitantes—un pueblo que la mayoría de nosotros conocemos, más o menos, íntimamente. Los extremadamente pocos individuos cuyos instintos los distinguen para participar en la lucha por el éxito se pueden identificar de inmediato. Pues lo primero que hacen es abandonar el pueblo. El aire del pueblo no es lo bastante vigorizante para ellos. Sus fosas nasales se dilatan en busca de algo más intenso. Los que quedan forman un microcosmos que representa, en cierto modo, el mundo en general. Entre los treinta y los cua-

renta años comienzan a diferenciarse. En su propia esfera toman sus puestos. Una docena más o menos de políticos forman el consejo municipal y gobiernan el pueblo. Media docena de hombres de negocios encabezan la actividad comercial y la riqueza del pueblo. Algunos otros enseñan ciencia y arte, o son conocidos localmente como botánicos, geólogos, aficionados a la música o de alguna otra arte. Estos son los distinguidos, y se notará que no pueden ser más numerosos de lo que son. ¿Qué sucede con el resto? ¿Han luchado por el éxito y han sido derrotados? No. ¿Se parecen, a medida que envejecen, a hombres desilusionados? No. Han cumplido modestamente sus objetivos. Han conseguido lo que genuinamente se propusieron. Nunca se han acercado ni a los márgenes de la batalla por el éxito. Pero no han fracasado. El número de fracasos es sorprendentemente pequeño. Ves a un hombre desaliñado, desilusionado y envejecido que recorre la calle principal, y alguien responde a tu pregunta: “Ahí está Fulano, uno de los fracasados de la vida, pobrecito.” Y el tono con que se pronuncian esas palabras prueba lo excesivamente rara que es la verdadera derrota. Es obvio que el caso de la minoría que ha abandonado el pueblo en busca del Éxito con E mayúscula tiene un tremendo interés de curiosidad para la masa que permanece. Lo consideraré.

LOS EXITOSOS Y LOS NO EXITOSOS

Habiendo afirmado rotundamente que el éxito no está, ni puede estar, al alcance de la mayoría, procedo ahora a declarar, en lo que respecta a la minoría, que ellos no lo consiguen de la manera en que comúnmente se supone que se consigue. Y puedo agregar con agradecimiento que no lo consiguen de esa forma. La ilusión popular es que el éxito se alcanza mediante lo que podría llamar el método “Benjamin Franklin”. Franklin fue un hombre muy grande; en su carácter unía un conjunto de espléndidas cualidades tan diversas, a su modo, como las poseídas por Leonardo da Vinci. Siento una in-

mensa admiración por él. Pero su autobiografía me enfurece. Se entiende que su autobiografía es un clásico, y si en los Estados Unidos se dice una palabra en su contra es probable que te maten. No obstante, yo no tengo intención de hacer una visita inmediata a los Estados Unidos, y me atreveré a afirmar que la autobiografía de Benjamin Franklin es un libro detestable y engañoso. Puedo recordar solo otros dos volúmenes que con más gusto vilipendiaría. Uno es Samuel Budgett: *The Successful Merchant*, y el otro es *From Log Cabin to White House*, que es la historia del presidente Garfield. Tales libros pueden imponer ideas a los muchachos, y es concebible que no dañen a los muchachos (por cierto, Franklin comenzó su autobiografía en forma de carta a su hijo), pero el hombre adulto que los puede sostener sin náuseas debería ir a ver a un doctor, pues algo anda mal en él.

“Empecé ahora”, comenta Franklin con parsimonia, “a tener cierta amistad entre los jóvenes del pueblo amantes de la lectura, con quienes pasaba mis veladas muy amablemente; y gané dinero con mi industria y frugalidad.” O nuevamente: “Fue en ese momento cuando concebí el audaz y arduo proyecto de alcanzar la perfección moral... Hice un librito, en el que asigné una página para cada virtud. Reglas cada página con tinta roja, de modo que hubiera siete columnas, una para cada día de la semana... Crucé estas columnas con trece líneas rojas, marcando el comienzo de cada línea con la primera letra de una virtud; en esa línea, y en su columna correspondiente, podía señalar, con una pequeña mancha negra, cada falta que, al examinarla, se cometía respecto a esa virtud, en ese día.” ¡Ay, Franklin, dondequiera que estés, esto es realmente un poco rígido! A un hombre se le pueden perdonar incluso tales infamias de petulancia, pero en verdad no debería ir a escribirlas, especialmente a su hijo. ¿Y por qué ese detalle sobre la tinta roja? Si el hijo de Franklin no fue llevado a malas sendas por la lectura de esa monstruosa autobiografía, debe haber sido un hombre casi tan extraordinario como su padre. Ahora, Franklin solo pudo haber escrito su “inmortal clásico” por uno de tres motivos: (1) Sencilla vanidad. Era un pedante, pero no engreído. (2) Un deseo de que otros se beneficiaran de sus errores. Él nunca cometió errores. De vez en cuando enfatiza alguna nimiedad, pero eso es “solo por diversión.” (3) Un deseo de que otros se beneficiaran del relato de su sagacidad virtuosa para alcanzar un éxito similar. Este último fue, sin duda, su principal motivo. ¡Hombre honesto, que llegó a ser un genio! Pero la cuestión es que su éxito de ninguna manera fue el

resultado de su sagacidad virtuosa. Iría más lejos y diría que su terrible sagacidad virtuosa a menudo obstaculizó su éxito.

Nadie es peor guía hacia el éxito que el típico hombre exitoso. Rara vez entiende las razones de su propio éxito; y cuando una revista popular le pide que relate sus experiencias para beneficio de la juventud de toda una nación, es imposible que sea natural y sincero. Sabe el tipo de cosas que se esperan de él, y si no llegó a Londres con medio chelín en el bolsillo, probablemente hizo algo igualmente tonto, lo anota, se imprime la nota del artículo o de la entrevista, y ¡adiós a la verdad genuina! Recientemente apareció en un periódico diario un artículo autobiográfico-didáctico de uno de los hombres más ricos del mundo, que fue el artículo “más inadecuado” de este tipo que he encontrado jamás. ¡Los hombres exitosos olvidan tanto de sus vidas! Además, nada es más fácil que explicar un hecho consumado de una manera agradable, agradable y convencional. Todo el asunto del éxito es una gigantesca conspiración tácita por parte de la minoría para engañar a la mayoría.

¿Son los hombres exitosos más industriosos, frugales e inteligentes que los que no tienen éxito? Mantengo que no lo son, y he estudiado de cerca a los hombres exitosos. Una de las características más comunes del hombre exitoso es su ociosidad, su inmensa capacidad para malgastar el tiempo. Afirmo rotundamente que, por regla general, los hombres exitosos son por costumbre relativamente ociosos. En cuanto a la frugalidad, prácticamente es desconocida entre las clases exitosas: esta afirmación se aplica con especial fuerza a los financieros. En cuanto a la inteligencia, he quedado repetidamente sorprendido por la falta de inteligencia en los hombres exitosos. De hecho, son capaces de estupideces que serían la ruina de un simple oficinista. Y mucho de lo que se dice en esos círculos que rodean al hombre exitoso se dedica a enumerar casos de su falta de inteligencia. Otro punto: los hombres exitosos rara vez tienen éxito como resultado de una organización meticulosa de sus vidas; son los menos metódicos de los seres. Naturalmente, cuando “llegan” se entretienen e impresionan a la mayoría convenciendo a todos de que, desde el principio, con la vista fija en la meta, habían planificado meticulosamente cada paso del camino.

¡No! El gran éxito nunca depende de la práctica de las virtudes más humildes, aunque ocasionalmente pueda depender de la práctica de los vicios más arrogantes. Usen la industria, la frugalidad y el sentido común por to-

dos los medios, pero no esperen que les ayuden a alcanzar el éxito. Porque no lo harán. Seguramente me dirán que lo que acabo de escribir tiene una tendencia inmoral y es un incentivo directo a la pereza, a la derroche, etc. Uno de nuestros principales defectos nacionales es nuestro hipócrita deseo de reprimir la verdad con el pretexto de que admitirla incentivaría el pecado, cuando la verdadera explicación es que tenemos miedo de la verdad. Yo no seré culpable de ese defecto. Me gusta enfrentar la realidad sin parpadear. Estoy plenamente convencido de que, por cabeza, hay más virtudes en la mayoría fracasada que en la minoría exitosa. Solo en Londres hay cientos de millas de calles llenas de industria, frugalidad y prudencia. Algunos de los hombres más brillantes que he conocido han fracasado, y no por falta de carácter tampoco. Y algunos de los menos dotados han tenido un éxito asombroso. Es imposible señalar una sola rama de la actividad humana en la que el éxito pueda explicarse por los principios convencionales que gozan de aceptación general. Te oigo, oh lector, murmurándote a ti mismo: “Esto está muy bien, pero él simplemente se muestra paradójico para su propio entretenimiento.” ¡Ojalá pudiera persuadirte de mi intensa seriedad! He procurado mostrar lo que no produce el éxito. A continuación, intentaré mostrar lo que sí lo produce. Pero mi esperanza es vana.

LA INTERIORIDAD DEL ÉXITO

Por supuesto, no se puede explicar el éxito más que se pueda explicar la sinfonía en do menor de Beethoven. Se puede indicar en qué tonalidad está escrita, hacer reflexiones de expertos sobre su forma, catalogar sus temas, y relacionarla con sinfonías que la precedieron y con sinfonías que la siguieron, pero al final se llega a decir que la sinfonía en do menor es bella — porque lo es. De la misma manera se llega a decir que la única diferencia real entre el éxito y el fracaso es que el éxito tiene éxito. Admitido esto francamente desde el principio, me permitiré afirmar que existen tres tipos de éxi-

to. El éxito A es el accidental. Se debe a lo que llamamos el azar, y a nada más. Todos seguimos siendo muy supersticiosos, y los caprichos del azar tienen un efecto singular sobre nosotros. Supongamos que voy a Mónaco y anuncio a un amigo mi firme convicción de que saldrá el rojo la próxima vez, y apuesto por el rojo, y sale el rojo; mi amigo, a pesar de su intelecto, me atribuirá vagamente algún poder misterioso. Sin embargo, solo el azar sería el responsable. Si hiciera eso seis veces seguidas, todos los jugadores de la mesa se interesarían en mí. Si lo hiciera una docena de veces, todos los jugadores del Casino me mirarían con asombro. Y si lo hiciera dieciocho veces, mi nombre aparecería en todos los periódicos de Europa. Sin embargo, solo el azar sería el responsable. En ese campo de actividad humana, sería un hombre extremadamente exitoso, y la vasta mayoría de las personas me atribuiría instintivamente dones que no poseo.

Si tales fenómenos supersticiosos pueden ocurrir en un asunto en el que la agencia del azar es abierta y reconocida, ¿cuánto más probable es que la gente se niegue a conformarse con la explicación de “puro accidente” en asuntos en los que interesa a los actores principales ocultar el papel que juega el azar! No obstante, no cabe duda en las mentes de quienes han observado el éxito de cerca, que una parte de él se debe únicamente y enteramente al azar. Los hombres exitosos florecen hoy, y han florecido en el pasado, sin tener ninguna cualidad que los diferencie de la multitud. El rojo ha salido para ellos suficientes veces, y el instinto supersticioso universal de no creer en el azar los ha rodeado, en consecuencia, de un halo. Es simplemente ridículo decir, como algunos dicen, que el éxito nunca se debe únicamente al azar. Porque casi todo el mundo está personalmente al tanto de pruebas razonables, a gran o pequeña escala, en contra.

El segundo tipo de éxito, B, es el logrado por hombres que, aunque no dotados de talentos de primera categoría, tienen, sin lugar a dudas, el talento para tener éxito. Describiría a esos hombres diciendo que, aunque merecen algo, no merecen la deslumbrante recompensa conocida como éxito. Nos parecen sobrepagados. Los encontramos en todas las profesiones y oficios, y realmente no los respetamos. Despiertan nuestra curiosidad, y quizás también nuestra envidia. Pueden llegar muy alto, pero siempre deben estar desagradablemente conscientes de una seria reserva en nuestra actitud hacia ellos. Y si pudieran leer sus necrológicas, seguramente discernirían en ellas cierta frialdad, por muy amablemente que hayamos actuado conforme a

nuestro gran lema nacional de “De mortuis nil nisi bonum.” Es esta clase de éxito la que desconcierta al estudioso social. ¿Cómo es que hombres sin ningún otro talento poseen un misterioso e indefinible talento para tener éxito? Bueno, me parece que esos hombres siempre muestran ciertas características. Y la principal de estas características es el deseo continuo e insaciable de tener éxito. Están obsesionados con la idea de triunfar. Nosotros, los demás, no estamos tan obsesionados. Soñamos con el éxito de vez en cuando, pero no tenemos la pasión por el éxito. A menudo me digo a mí mismo que daría cualquier cosa por ser el igual de Cinquevalli, el malabarista, o por ser el capitán del mayor transatlántico. Pero la parte reflexiva de mí me dice que mi anhelo de emular a esos asombrosos personajes no es un deseo genuino, y que su realización no aumentaría mi felicidad.

Para obtener una noción razonablemente verdadera de lo que le sucede a la masa de la humanidad en su progreso desde la cuna hasta la tumba, uno no debe intentar abarcar una nación entera, ni siquiera una gran metrópolis, ni siquiera una ciudad muy grande como Manchester o Liverpool. Estos panoramas son tan inmensos y confusos que derrotan la vista del observador. Es mejor tomar un pueblo pequeño de, digamos, veinte o treinta mil habitantes —un pueblo que la mayoría de nosotros conozcamos, más o menos, íntimamente. Los extremadamente pocos individuos cuyos instintos los distinguen para participar en la lucha por el éxito se pueden identificar de inmediato. Pues lo primero que hacen es abandonar el pueblo. El aire del pueblo no es lo bastante vigorizante para ellos. Sus fosas nasales se dilatan en busca de algo más intenso. Los que quedan forman un microcosmos que representa, en cierto modo, el mundo en general. Entre los treinta y los cuarenta años comienzan a diferenciarse. En su propia esfera toman sus puestos. Una docena más o menos de políticos forman el consejo municipal y gobiernan el pueblo. Media docena de hombres de negocios encabezan la actividad comercial y la riqueza del pueblo. Algunos otros enseñan ciencia y arte, o son conocidos localmente como botánicos, geólogos, aficionados a la música o de alguna otra arte. Estos son los distinguidos, y se notará que no pueden ser más numerosos de lo que son. ¿Qué sucede con el resto? ¿Han luchado por el éxito y han sido derrotados? No. ¿Se parecen, a medida que envejecen, a hombres desilusionados? No. Han cumplido modestamente sus objetivos. Han conseguido lo que genuinamente se propusieron. Nunca se han acercado ni a los márgenes de la batalla por el éxito. Pero no han fracasado. El número de fracasos es sorprendentemente pequeño. Ves a un

hombre desaliñado, desilusionado y envejecido que recorre la calle principal, y alguien responde a tu pregunta: “Ahí está Fulano, uno de los fracasados de la vida, pobrecito.” Y el tono con que se pronuncian esas palabras prueba lo excesivamente rara que es la verdadera derrota. Es obvio que el caso de la minoría que ha abandonado el pueblo en busca del Éxito con E mayúscula tiene un tremendo interés de curiosidad para la masa que permanece. Lo consideraré.

VIII - LAS PEQUEÑAS ARTIFICIALIDADES

La expresión “pequeñas artificialidades”, empleada por uno de los correspondientes en el gran debate de la Vida Simple, se me ha quedado grabada, aunque le di a entender de forma clara que ya no era deseable allí. Quizá ilumine más de lo que imaginé al principio sobre el estado mental de las personas que la usan cuando desean recriminar las condiciones de la “vida moderna.” Un epíteto vituperativo es capaz de hacer un gran espectáculo. “Artificialidades” es una palabra suficientemente despectiva, pero cuando se le añade “pequeñas” de alguna manera le quita el significado a las pretensiones de la vida moderna. La vida moderna más le valdría esconder la cabeza, después de eso. La vida moderna está asentada y acabada—según la opinión de quienes han lanzado la diana. Solo que, en realidad, no está acabada, ya saben. “Pequeñas,” al fin y al cabo, significa nada en esa conexión. ¿Existen, entonces, artificialidades que no sean “pequeñas,” que sean nobles, grandes y majestuosas? “Pequeñas” significa simplemente que quienes usan la palabra están algo irritados y fuera de sí. Lo que creen objetar son artificialidades de cualquier clase, y para deshacerse de su cólera se refieren a “pequeñas” artificialidades. El recurso es común, y por brillante que resulte, es inútil. Los adjetivos rudos son como cartuchos de fogeo. Impresionan a un pueblo vanidoso, incluidos los pájaros del aire, pero no hacen efecto real.

Al mismo tiempo, permítanme admitir que simpatizo profundamente con los irritados usuarios de la grosera expresión “pequeñas artificialidades.” Al

menos, muestra un “divino descontento”; prueba una alta insatisfacción con unas condiciones que, en el mejor de los casos, no son la expresión final del propósito eterno. Contribuye a una especie de crudeza y tosca rectitud. Conozco bien ese sentimiento que induce a escupir salvajemente la frase “pequeñas artificialidades de la vida moderna.” Generalmente se le experimenta al levantarse o al irse a la cama. ¡Qué negocio tan pequeño y artificial es levantarse, incluso para un hombre! ¡Afeitarse! ¿Por qué afeitarse? Y luego ir a un cajón y escoger una corbata. ¡Imaginen una alma inmortal, imaginen un fragmento de la energía eterna e indestructible, que existe de la eternidad a la eternidad, gastando deliberadamente su actividad en escoger una corbata! ¿Por qué una corbata? Luego se baja y se intercambian frases banales con otros inmortales. Y no se puede comenzar el desayuno de inmediato, porque algún mortal somnoliento llega tarde.

¿Por qué hablar sin sentido? ¿Por qué esperar? ¿Por qué no decir directamente: “¡Váyanse todos a la porra! Aquí son casi las diez, y yo tengo muchas ganas de empezar a vivir la vida superior de inmediato en lugar de perder el tiempo en pequeñas artificialidades. ¡Cállense todos! Denme mi tocino al instante, y déjenme devorarlo rápido y marcharme. ¡Estoy harto de sus ceremonias!” Esto, en todo caso, no sería artificial. Ahorraría tiempo. Y si una política similar se aplicara rigurosamente durante el día, se podría retirarse a un reposo bien merecido con la plena seguridad de que el día se habría simplificado. El tiempo para vivir la vida superior, el tiempo para impulsar esos vastos proyectos de superación personal que todos apreciamos, se habría incrementado notablemente. Uno no tendría esa sensación alocada, que con tanta frecuencia se experimenta cuando caen las sombras de la noche, de que el día se ha “despilfarrado.” Y, sin embargo—y sin embargo—dudo seriamente que esta masacre total de esas pobres pequeñas artificialidades nos acerque apreciablemente al milenio.

Porque hay una cosa, y una cosa de importancia fundamental, que los revolucionarios contra las pequeñas artificialidades siempre dejan de apreciar, y es la necesidad y el valor de la convención. No puedo, en un párrafo, tratar eficazmente esta cuestión tan difícil y compleja. Solo puedo señalar al lector fenómenos análogos en las artes. Todas las artes son una convencionalización, un ordenamiento de la naturaleza. Incluso en un jardín se disponen las plantas en hileras, y se subordina el bienestar de una a la del conjunto. La única diferencia entre un jardín y los bosques silvestres es una peque-

ña artificialidad. ¡Al escribir un soneto se aprieta, en realidad, las concepciones emocionales más profundas en una extensión y un número de versos y en una sonoridad de sonidos fijados arbitrariamente de antemano! “The world is too much with us” de Wordsworth es una masa sólida y espantosa de pequeñas artificialidades. ¿Por qué no podría el tipo decir lo que quiere decir y ya, en lugar de hacer rimar “powers” con “ours” y preocuparse de usar exactamente ciento cuarenta sílabas? En cuanto a la música, la cantidad de tiempo que debió haberse dedicado a pequeñas artificialidades en la construcción de una obra como la Chacona de Bach es simplemente asombrosa. Luego miren los cuadros, absurdamente confinados en marcos, con sus ingeniosos contrastes de luz y sombra y masa contra masa. ¡Nada más que pequeñas artificialidades! En otras palabras, nada más que “forma” — “forma” que es la base de toda belleza, sea material o de otro tipo.

Ahora, lo que es la forma en el arte, las convenciones (pequeñas artificialidades) lo son en la vida. Así como puede haber demasiada forma en el arte, también puede haber demasiada convención en la vida. Pero ningún arte que no esté planificado en forma merece consideración, y ninguna vida que no esté planificada en convención puede ser satisfactoria. La convención no es la esencia de la vida, pero es el vestido protector y el preservativo de la vida, y es además un medio muy valioso por el cual la vida puede expresarse. Es en gran medida simbólica; y los símbolos, si bien son expresivos, también ahorran mucho tiempo. Los que desprecian las pequeñas artificialidades deben pensar en esto. Tomen el ejemplar caso de esa más pequeña artificialidad: dejar tarjetas de cortesía. Bien, amantes de lo real, ¿qué sustituirían por ello? Si lo abandonaran y no pusieran nada, el resultado tendería a aflojar los lazos de la sociedad, y reduciría el número de amigos. Y si lo abandonaran y trataran de sustituirlo por algo menos artificial y más real, no lograrían nada más que lo que se consigue con las tarjetas; molestarían a todos y perderían mucho de su tiempo. No puedo insistir lo suficiente en que la base de la convención es un simbolismo, destinado principalmente a mostrar consideración por los sentimientos de otras personas. Si no muestras consideración por los sentimientos ajenos, bien podrías ir a vivir de hierbas al desierto. Y si quieres mostrar esa consideración, no puedes hacerlo de forma más expedita, con menor gasto de tiempo y energía mental, que adoptando el código de convención que se practica actualmente. Se resume

en esto: no se pueden tener todas las ventajas de vivir en el desierto mientras se vive en sociedad. Sería encantador si pudieras, pero no puedes.

Quedan dos razones más para la persistencia de la convencionalidad. Y una de ellas es el misterioso pero innegable hecho de que la plena belleza de una actividad nunca se manifiesta hasta que se somete a disciplina, orden estricto y un buen equilibrio. Una vida sin pequeñas artificialidades sería la vida de un tigre en el bosque. Quizá una vida hermosa, una vida que “arde intensamente,” pero que no alcanza el ideal supremo de la belleza. Las leyes y las normas, las formas y las ceremonias son buenas en sí mismas, desde un punto de vista meramente estético, aparte de su valor y necesidad social.

Y la otra razón es que uno no puede estar siempre a pleno ritmo de “superación personal” y “progreso evolutivo,” y en general, golpeando el gran tambor. La naturaleza humana no lo soporta. Hay, si tan solo se tiene paciencia, tiempo de sobra para lo “artificial” así como para lo “real.” Aquellos que piensan que no lo hay, deberían volver a la escuela y aprender aritmética. Suponiendo que de repente se erradicasen todas las “pequeñas artificialidades” y pudiéramos demostrar nuestra consideración por nuestros semejantes únicamente mediante rápidos procesos de pensamiento, nos encontraríamos con una terrible cantidad de tiempo sobrante. No podemos pasar todas nuestras horas despiertas esforzándonos conscientemente por alcanzar cosas superiores, así como tampoco podemos cenar exclusivamente de mermelada. ¡Qué príncipes tan espantosos nos volveríamos si no tuviéramos nada más que hacer que cultivar nuestras más nobles facultades! Ruego a los que desprecian la artificialidad que reflexionen sobre estas observaciones, por incompletas que puedan ser, y consideren si estarían del todo conformes si obtuvieran lo que claman.

IX - EL SECRETO DEL CONTENTO

He dicho, de manera ligera, respecto a la conclusión a la que han llegado varios corresponsales y yo mismo, que el clamor por la vida simple era simplemente una nueva forma del viejo clamor por la felicidad, que explicaría qué es lo que hace que la vida valga la pena para mí. La palabra se ha difundido, y debo esforzarme por cumplir mi promesa. Pero lo hago con reparos y con timidez. Primero, está el instinto natural de no hablar de lo que hay en lo más profundo de la mente. Segundo, está el miedo, casi equivalente a la certeza, de ser malinterpretado o de no ser comprendido en absoluto. Y tercero, está la absurda insuficiencia de espacio. ¡Sin embargo!... Para mí, el contento espiritual (no usaré la palabra “felicidad”, que implica demasiado) brota esencialmente de ningún hecho mental o físico. Brota del hecho espiritual de que hay en el hombre algo más alto que la mente, y de que ese algo puede dominar a la mente. Llámenlo alma, o como quieran. Mi sensación de seguridad en medio de las colisiones de la existencia radica en la firme conciencia de que, así como mi cuerpo es el servidor de mi mente, mi mente es el servidor de mí. Un servidor rebelde, pero un servidor— ¡y posiblemente cada día menos rebelde! A menudo le he dicho a esa inquieta mente: “Ahora, oh mente, único medio de comunicación entre el yo divino y todos los fenómenos externos, no eres un agente libre; eres una subordinada; no eres más que una pieza de maquinaria; ¡y me obedecerás!”

La mente solo se puede conquistar mediante la meditación regular, decidiendo de antemano qué dirección debe tomar su actividad, e insistiendo en

que se dirija en esa dirección; además, sin dejarla nunca inactiva, sin dirección, sin amo, para que juegue al azar como un niño en las calles de noche. Esto es extremadamente difícil, pero se puede hacer, y vale maravillosamente la pena. La falla de la época es la ausencia de meditación. Un hombre sagaz se esforzará por corregir en sí mismo los defectos de su época. En algunos aspectos profundos, el siglo XII tuvo ventajas sobre el siglo XX. Practicaba la meditación. El siglo XX hace ejercicios al estilo de Sandow. La meditación (hablo solo por mí) es lo menos prescindible de las actividades diarias. ¿Sobre qué obligo a meditar a mi mente? Sobre varias cosas, pero principalmente sobre una.

A saber, sobre esa Fuerza, Energía, Vida—lo Incomprensible tiene muchos nombres—que es indestructible, y que, en última instancia, existe una única Fuerza, Energía, Vida. La ciencia va reduciendo gradualmente todos los elementos a un solo elemento. La ciencia hace cada vez más difícil concebir la materia separada del espíritu. Todo vive. Incluso mi navaja se “cansa.” Y la fatiga de mi navaja no es ni más ni menos explicable que mi fatiga tras una faena mental. La Fuerza en ella, y en mí, se ha transformado, no se ha perdido. Toda Fuerza es la misma fuerza. La ciencia ahora tiende a llamarla electricidad; pero a mí me son indiferentes tales bautismos. La misma Fuerza impregna mi navaja, mi vaca en el campo, y el yo central que domina mi mente: la misma fuerza en diferentes etapas de la evolución. Y esa Fuerza persiste para siempre. Por ese camino obligo a mi mente a caminar diariamente. Diariamente debe reconocer que el misterioso Yo que la controla es parte de esa Fuerza divina que existe de la eternidad a la eternidad, y que, en sus átomos últimos, nada puede dañarla. Con ese curso de entrenamiento, incluso la mente, la mente tosca y práctica, al fin percibe que los accidentes mundanos no cuentan.

“Pero,” exclamarán, “¿esto no es más que la inmortalidad del alma otra vez!” Pues bien, en una forma un poco más abstracta, lo es. (Nunca dije que hubiera descubierto algo nuevo.) No me permito ser dogmático respecto a la persistencia de la personalidad, o incluso de la individualidad después de la muerte. Pero, al basar mi vida física y mental en el supuesto de que hay en mí algo que es indestructible y esencialmente inmutable, no voy más allá de lo que señala la ciencia. Sí, si te da placer, llamémoslo la inmortalidad del alma. Si pierdo el tren, o si mi sastre se equivoca, o pierdo esa manifestación terrenal de la Fuerza que me es más querida, le digo a mi mente:

“Mente, concentra tus poderes en la plena realización del hecho de que yo, tu amo, soy inmortal y estoy fuera del alcance de los accidentes.” Y mi mente, sabiendo ya que soy un amo exigente, obedece. ¿Acaso yo, una porción de la Infinita Fuerza que existió hace miles de millones de años, y que existirá dentro de miles de millones de años, voy a permitir que cualquier evento físico o mental terrenal me perturbe? No lo haré. En cuanto a las vicisitudes de mi cuerpo, ese servidor de mi servidor, más le vale mantenerse en su lugar y no hacer demasiada bulla. No es que algún alboroto en cualquiera de estos envoltorios exteriores del yo eterno pudiera perturbarme realmente. Lo eterno es sereno; tiene la mejor razón para serlo.

Así se dirán a sí mismos: “¡He aquí a un hombre en un periódico de una libra esterlina semanal que aboga por la meditación diaria sobre la inmortalidad del alma como remedio para el descontento y la infelicidad! ¡Qué fenómeno tan extraño!” Que resulte extraño es una condena a la época. Mi única respuesta para ustedes es esta: Pruébenlo. Por supuesto, reconozco libremente que tal meditación, aunque “espante el miedo”, mata lentamente el deseo y produce una cierta elevada indiferencia; y que el extinguir el deseo, con la indiferencia que lo acompaña, sea alta o baja, es malo para la juventud. Pero yo no soy joven, y hoy escribo para aquellos que han probado la desilusión —¿qué juventud no la ha probado? Sin embargo, no quiero que crean que desprecio los breves placeres de este mundo. Mi actitud hacia ellos desearía que fuera la de Sócrates, como lo expresó el incomparable Marco Aurelio: “Él sabía carecer, y disfrutar, de aquellas cosas cuya falta muestra la debilidad de la mayoría; y en su disfrute, de forma desmedida.”

Además de obligar a mi mente a meditar sobre la omnipotente e indestructible Fuerza que soy yo, le ordeno meditar sobre la consecuencia lógica de esa unidad de fuerza que la ciencia comienza ahora a enseñar. La misma fuerza esencial que soy yo también lo es de ti. Dice el proverbio indio: “Conocí a cien hombres en el camino a Delhi, y todos eran mis hermanos.” Sí, y todos eran mis hermanos gemelos, si se me permite decirlo, y mil veces más cercanos a mí incluso que la concepción común de hermanos gemelos. Todos somos iguales en esencia; lo que nos separa son simplemente diferencias en nuestros respectivos estadios evolutivos. La reflexión constante sobre este hecho debe producir esa simpatía universal que solo puede generar un contento positivo. Debe eliminar sentimientos ridículos como la culpa, la irritación, la ira, el resentimiento. Debe instaurar en la mente una tole-

rancia total. Hasta que un hombre pueda mirar al borracho en su embriaguez, y al maltratador en su brutalidad, con compasión pura y serena; hasta que su corazón se extienda instintivamente hacia toda otra manifestación de la Fuerza única; hasta que esté impregnado de una benevolencia ferviente e inconquistable hacia todo lo que vive; hasta que haya abandonado completamente la presuntuosa costumbre de juzgar y condenar—nunca alcanzará el verdadero contento. “¡Ah!” exclamarán de nuevo, “¡no tiene nada nuevo que contarnos, más que que ‘la mayor de estas es la caridad’!” No lo tengo. Puede parecerles excesivamente gracioso, pero no he descubierto nada nuevo en eso. Simplemente se lo recuerdo. Así es, gemelos en el camino a Delhi, mediante la meditación continua sobre la indestructibilidad de la Fuerza, intento cultivar la calma, y mediante la meditación continua sobre la unidad de la Fuerza, intento cultivar la caridad, plenamente convencido de que en la calma y en la caridad reside el secreto de una felicidad plácida, si no extática. Se dice a menudo que ninguna persona pensante puede ser feliz en este mundo. Mi opinión es que cuanto más piensa un hombre, más feliz es probable que sea. He hablado. Soy abrumadoramente consciente de haber hablado de forma burda, abrupta, insuficiente y confusa.

FIN

¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE
WWW.ELEJANDRIA.COM!

DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE OBRAS DE DOMINIO
PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB